



PEDRO LEMEBEL. SELECCIÓN DE CRÓNICAS

Lectura complementaria 4º medio

De “Zanjón de la Aguada” (Seix Barral, 2003)

1. ZANJÓN DE LA AGUADA (CRÓNICA EN 3 ACTOS)

Dedicado a Olga Marín, con mi cariñoso agradecimiento

Primer acto:

LA ARQUEOLOGÍA DE LA POBREZA

Y si uno cuenta que vio la primera luz del mundo en el Zanjón de la Aguada, ¿a quién le interesa? ¿A quién le importa? Menos a los que confunden ese nombre con el de una novela costumbrista. Más aún a los que no saben, ni sabrán nunca, qué fue ese piojal de la pobreza chilena. Seguramente incomparable con cualquier toma de terrenos, campamento o población picante de los alrededores del actual Gran Santiago. Pero el Zanjón, más que ser un mito de la sociología poblacional, fue un callejón aledaño al fatídico canal que lleva el mismo nombre. Una ribera de ciénaga donde a fines de los años cuarenta se fueron instalando unas tablas, unas fonolas, unos cartones, y de un día para otro las viviendas estaban listas. Como por arte de magia aparecía un ranchal en cualquier parte, como si fueran hongos que por milagro brotan después de la lluvia, florecían entre las basuras las precarias casuchas que recibieron el nombre de callampas por la instantánea forma de tomarse un sitio clandestino en el opaco lodazal de la patria.

Y como siempre el asunto de la vivienda ha sido una excursión aventurera para los desposeídos, aun más en ese tiempo, cuando emigraban familias enteras desde el norte y sur del país hasta la capital en busca de mejores horizontes, tratando de encontrar un pedazo de suelo donde plantar sus banderas de allegados. Pero ese no fue el caso de mi familia, que desde siempre habitó en Santiago, traficando su pellejo pasar en piezas de conventillo y barrios grises que rondan al antiguo centro. Pero un día cualquiera llegaba el desalojo; los pacos tiraban a la calle las cuatro mugres, el somier con patas, la mesa coja, la cocina a parafina y unas cuantas cajas que contenían mi herencia familiar. Y tal vez alguien nos dijo que existía el Zanjón y para no quedarnos a la intemperie, llegamos a esas playas inmundas donde los niños corrían junto a los perros persiguiendo guarenes. Y la cosa fue tan simple, tan rápida, que por unos pesos nos vendieron una muralla, ni siquiera un metro de terreno, solo era un muro de adobes que mi abuela compró en ese lugar. Y a partir de ese sólido barro, fue armando el nido garufa que en pleno invierno cobijó mi niñez y le dio alero a mi núcleo parental. A partir de esa muralla que como una bambalina cinematográfica se convirtió en el frontis de mi primer domicilio, mi abuela le puso un techo de fonolas y un encatrado de palos que confeccionaron la arquitectura piñufla de mi palacio infantil. Pero a diferencia de mis vecinos, la fachada entumida de mi casa tenía cara de casa, por lo menos desde el callejón parecía casa, con su ventana y su puerta, que al abrirla, mostraba un escampado, no tenía piezas, solamente el fondo abierto del eriazó donde el viento frío del amanecer entraba y salía como Pedro por su casa.

Pareciera que en la evocación de aquel ayer, la tiritona mañana infantil hubiera tatuado con hielo seco la piel de mis recuerdos. Aun así, bajo ese paraguas del alma proleta, me envolvió el arrullo tibio de la templanza materna. En ese revoltijo de olores podridos y humos de aserrín, «aprendí todo lo bueno y supe de todo lo malo», conocí la nobleza de la mano humilde y pinté mi Primera crónica con los colores del barro que arremolinaba la leche turbia de aquel Zanjón.

Segundo acto:

MI PRIMER EMBARAZO TUBARIO

Existe un eslogan que dice: «Pobre, pero limpio», y es verdad, en algunos casos donde existen los materiales básicos de la higiene. Pero en el Zanjón, el agua para beber, cocinar o lavarse había que traerla de lejos, donde un pilón siempre abierto abastecía el consumo de la población callampa. Así también la evacuación de las aguas servidas y el alcantarillado se resumían en una acequia hedionda que corría paralela al rancherío, donde las mujeres tiraban los caldos fétidos del mojoneo. En contraste a este sórdido barrial, el albo flamear de las sábanas y pañales, deslumbrantemente blancos a puro

hervido de cloro, confirmaba el refregado pasional de las manos maternas, siempre pálidas, azulosas, sumergidas en lavaza espumante de remojo. Y quizás esa utopía blanqueadora era la única forma como las madres del Zanjón podían simbólicamente despegarse del lodo, y con racimos de chiquillos a cuestras, se encumbraban a las nubes agarradas del fulgor níveo de sus trapos, vaporosamente deshilachados, como banderas de tregua en esa guerra entintada por la supervivencia.

Mi niñez del Zanjón mariposeaba al mosquerío del sol que mi madre espantaba cuidadosa, pero al primer descuido, cuando ella atareada, en un minuto me perdía de vista, la aventura del gatear fuera de la callampa me conducía al borde de aquella acequia, donde metía mis pequeñas manos, donde mojaba mi cara y sorbía el lodo en la curiosidad infante de conocer mi medio a través del sabor. Y así fue como un día mi barriga se fue hinchando como si me hubiera embarazado un príncipe moscardón. Al correr los días, el tamboreo de la colitis permanente y el dolor abdominal eran un llanto sin tregua. Mi madre no sabía qué hacer, sobándome la guatita inflamada como un globo y dándome aguas de hierbas, azúcar quemada y cocciones de canela. Y allí entonces, no era tan simple como tomar el teléfono y llamar al médico de la familia. Sobre todo si había que levantarse a las cinco de la mañana y salir con la guagua colgando para alcanzar un número en el policlínico repleto. Así no más llegué a las manos de una doctora con lentes de acuario, quien me vio la panza pobre, pensando en la very typical desnutrición de los niños africanos. Pero al tantear esa piel tensa de timbal y apoyar en ella su frío estetoscopio, un apagado latido la sobresaltó, retirándose espantada. «No es posible», dijo, mirando a mi madre y escribió nerviosa la receta de un purgante virulento. Esa misma noche se produjo el alumbramiento, después de tomar esa abortiva medicina, me desrajé en los calambres de una florida diarrea como agua de pantano. Y allí, en el negro espejo de la bacinica rebalsante, flotaba el minúsculo cuerpo de un pirigüín detenido en su metamorfosis. Era apenas una cabeza y una colita, pero sobresalían dos patitas verdes que el niño renacuajo había logrado formar en mi vientre desde que me tragué su larva en el micromundo de la vida que, a pesar de todo, se peleaba a codazos el breve espacio de su gestación.

Tercer acto:

LAS MEMORIAS DEL CARNE AMARGA

El Zanjón de la Aguada no sólo fue conocido por su extrema pobreza, donde se enjugaba sudor de pueblo y retraso social. También en los años cincuenta, ese pulguero entintaba los diarios por las noticias delictuales y la conjunción de patos malos que se guarecían bajo sus latas. Por entonces, esa mafia punga recibía el apodo de «pelados», de seguro por el rapado de cabeza hecho a tizeretazos en Investigaciones, tal vez para hacerlos visibles ante la buena sociedad y que este look produjera rechazo de escarmiento. Pero esa estética de cabeza afeitada, en el Zanjón no provocaba discriminación: era costumbre ver a cabros piojentos rapados al cero para matar la plaga de bichos. Igual, en el caso de los «pelados», era natural verlos salir de la cana con esa apariencia de judíos flacuchentos, barbones y calvos, liberados del exterminio. Cierta familiaridad con el delito, producía esta sana convivencia. Porque como en toda microsociedad, por punga que sea, existen sus leyes de hermanaje y los «pelados» las tenían. Era una especie de catecismo moral no cogotear jamás a un vecino del sector. Y es más, era una obligación para ellos colaborar solidariamente en los desastres naturales que volaban las fonolas en las noches de ventolera. Así como sacar el agua negra que anegaba las casuchas en las inundaciones. O apagar ese gran incendio que consumió medio Zanjón de la Aguada, y allí los «pelados», a falta de bomberos, eran los ángeles salvadores, acarreado baldes con agua del grifo lejano, o rescatando guaguas chamuscadas por el fuego.

En este reducto social, donde las rucas encrespaban el cerco mísero de Santiago, confluía un zoológico delictivo que se nombraba según la especialidad del robo. Estaban los carteristas a chorro que despabilaban una billetera con dedos de terciopelo y rajaban como cohetes. También, las mujeres tenderas del centro, como la Ñata María, una vampiresa ratera que se vestía de gran dama y arrasaba las tiendas de lujo con su cartera de doble fondo. También el clan de los monreros, especialistas en desvalijar casas en el barrio alto. Y a veces llegaban de visita unos guantes internacionales que volvían de Europa donde exportaban el arte chileno del choreo con estilo. Como el Chute Mojón, por ejemplo, un esbelto dandy que regresaba a la vecindad fumando habanos, vistiendo terno blanco y sombrero al tono. Allí todo el Zanjón lo recibía con gran fiesta y zandunga mafiosa que duraba tres días. Los más felices eran los cabros chicos, agarrando los puñados de monedas que el Chute Mojón les tiraba como padrino cacho. Pero también había algunos más siniestros, como el Carne Amarga, oscuro y perverso como pupila de chacal. Era un mago para saquear los camiones que pasaban por Santa Rosa. El Carne Amarga era padre soltero, tipo Kramer versus Kramer, y había ideado un truco para detener los camiones, que conociendo los peligros del lugar, pasaban rajados por la calle. Entonces, cuando se divisaba un vehículo cargado con mercaderías, el Carne Amarga tiraba a su hijo de siete años al medio de Santa Rosa y el camión se detenía con un chirrido de frenos, ocasión que aprovechaba el delincuente para treparse por atrás y desvalijarlo.

Y pudo ser que en alguna oportunidad el vehículo no alcanzó a frenar y las ruedas reventaron al mocoso. Pero esto era pan de cada día en el Zanjón de la Aguada, morían tantos niños como perros vagos atropellados en el sector. Como también en los allanamientos, en mitad de la noche, en la madrugada, por las balas zumbantes que atravesaban limpiamente las mediaguas. Y al otro día, todos los vecinos comentaban el resultado del arreo hecho por la Brigada de Homicidios. Que anoche cayó el Chiflín, que le dieron al Caca Negra, que por un pelo se escapó la Ñata María, que al Tirifa, al Chicoco y al Cara de Luto se los llevaron esposados, que al Fonola le pegaron un tunazo en la pata, pero igual arrancó por los techos, que los ratis ladrones se llevaron un montón de cosas y las achacaron como recuperación de especies. Y después de estas redadas, venían semanas de vigilancia en que el Zanjón entero dormía a sobresaltos por el temor de que volvieran

los tiras con su prepotente balacera. Los «pelados» se hacían humo por un tiempo y algunos emigraban a La Legua o a La Victoria, donde seguían perfeccionando delicadamente las artes malandras de su oficio.

Epílogo:

LA NOSTALGIA DE UNA DIGNIDAD TERRITORIAL

Actualmente, cuando los alcaldes hacen alarde en sus campañas con nuevos métodos policiales para prevenir asaltos y choreos. En estos tiempos donde la delincuencia perdió su aventura romántica de quitarle al rico para darle al más pobre, al estilo Robin Hood o Jesse James, quizás porque los protagonistas del robo social son apenas unos mocosos que les arrancan la jubilación a los abuelos cuando salen del banco. Más bien parecen lauchas ladronas, quitándoles bicicletas a los cabros chicos y mochilas a los escolares, ni parecidos a los chicos malos de antaño, los choros rapiña del Zanjón, que novelaban su vida transgrediendo la brutal desigualdad económica que retrataba sin color la radiografía humana de aquel desnutrido paisaje.

Ahora, cuando la pobreza disfrazada por la ropa americana ya no quiere llamarse pueblo y prefiere ocultarse bajo la globalidad del término «gente», más plural, más despolitizada en las encuestas que suman electrodomésticos para evaluar la repartija del gasto social en las capas de menos ingresos. Y todo es así, para un mejor vivir están las líneas de crédito que permiten soñar en colores, mirando el catálogo endeudado de un bienestar a plazo. Para mejor pasar estos tiempos, mejor rematar neuronas como espectador de la pantalla donde el jet-set piojo se abanica con remuneraciones millonarias, pasándolo regio, mascando una aceituna en el desfile de modas con su ocio fashion, sacándole la lengua a la teleaudiencia sonámbula y roticuaja que pone una olla sobre el aparato de tevé para recibir la gotera que cae del techo roto, que suena como monedas, que en su tintineo reiterado se confunde con el campanilleo de las alhajas que los personajes top hacen sonar en la pantalla. Pero al apagar el aparato, la gotera de la pobreza sigue sonando como gotera en el eco de la cacerola vacía. Para mejor vivir la escarcha indiferente de estos tiempos, vale dormirse soñando que el Tercer Mundo pasó por un zapatito roto, que naufragó en la corriente del Zanjón de la Aguada, donde un niño guarisapo nunca llegó a ser princesa narrando la crónica de su interrumpido croar.

2. LA PRIMERA COMUNIÓN (O LAS BLANCAS AZUCENAS DE LA CULPA)

Y entre cintitas, santitos y embelecios sagrados, el rito de la primera comunión marcó profundamente la niñez de varias generaciones de católicos que recibieron este sacramento recién cumplidos los seis o siete años, apenas querubines de inocente mirar, forzados a seguir las reglas de esta angélica iniciación. Era preferible que fueran niñas y niños puros, almas sin mácula sometidas a una tortuosa preparación para recibir el cuerpo de Cristo. Y eran eternos meses de catecismo y oraciones y memorizar himnos en latín y asistir a misas de matiné, vermut y noche, entonando el «Alabado-sea-el-augusto-sacramento-del-altar». Eran pitufos obligados a permanecer tiesos, con la mente en blanco y el corazón en reposo, domesticados por la disciplina de la religión.

Pero antes de recibir la primera eucaristía, los niños debían pasar por el sacramento de la Confirmación. Una especie de juramento vitalicio con el catolicismo, dirigido por la presencia autoritaria del cura que, sin ninguna explicación, repartía charchazos en las caritas de los chicos, que se retiraban del altar con la mejilla ardiendo, traumatizados por la bofetada de Dios. Tal vez la mayor prueba de sometimiento a lo divino era la confesión, una rígida entrevista con el sacerdote, sentado en una casucha que parecía water de vaticano, y al hincarse uno frente a la ventanilla, una voz retumbante preguntaba: «¿Qué pecados tienes que confesar hijo?» Y a esa edad, cuando el mundo era una alba pregunta que se balanceaba entre el deseo y el castigo, con ese puñado de años entre las manitas juntas frente a la eternidad, ¿qué podía contestar uno? Con apenas seis años. ¿Qué sabía yo lo que era pecado? Esa palabra terrible, agigantada en láminas de catecismo, en que Adán y Eva, piluchos y entumidos, eran expulsados del paraíso. El pecado, ese monstruo de palabra, asustándonos desde los dibujos donde se quemaban vivos los herejes de Sodoma y Gomorra. El pecado, «ese negro demonio que todos llevamos dentro», insistía el cura desde la oscuridad de la caseta. «Revisa tus pensamientos, busca en tus acciones de palabra, obra y deseos impuros, algo debe haber de malo que contar.»

Y ante esa extorsión, los niños asumían la lepra de la culpa, arrepintiéndose de comer azúcar escondidos de la mamá, culpables de decir chucha, culiao o güevón al compañero de kínder que les sacaba la lengua. Culpables de tirar piedras, quebrar un vidrio o golpear la puerta de la vecina y salir arrancando. «Pero esos son pecados simples, ¿no tienes algunos más sucios, más terribles?», babeaba el cura su morbosa expiación. Y allí, la culpa se engendraba con más fuerza en el silencio de lo negado. ¿Cómo uno le iba a contar al cura, que sentía gustito cuando el cabro de atrás en la fila del curso me punteaba con su tulita caliente mi potito coliflor? Ese gusto era tan turbio que no tenía perdón. ¿Cómo le iba a narrar al representante de Dios mi lujuria infantil revolcada con los chiquillos de la cuadra? Ésos eran pecados que ya tan chico habían manchado mi carne infantil. Eran incontables, pasaje sólo de ida al infierno, pensaba yo, guardándome muy adentro esa vergüenza carnal. Y con esa tremenda culpa, uno seguía la procesión del sacramento. «¿Algún otro pecado, hijo?», preguntaba el sacerdote con una ronquera de sospecha. Nada más decía yo, aceptando la cuota de padres nuestros y ave marías que debía rezar para ser exculpado.

Así, con esa bendición de la mano huesuda, el cabrerío ya estaba listo para recibir por primera vez la Santa Comunión. Y esa mañana del 8 de diciembre, el revoltijo de mamás amononando los almidones de las niñas, todas como novias de immaculado blanco. Y los niños, disfrazados de viejos chicos con su terno y la cinta con un cáliz dorado apretándoles el brazo. Una larga hilera de enanos endomingados subíamos al altar con las tripas gruñéndonos de hambre por el ayuno, y la mirada limpia para recibir a Dios.

Y era raro pensar que Dios, tan inmenso, cabía en esa oblea transparente de la ostia. Y fue incómodo recibir esa hoja de masa que no se podía mascar, que con la saliva se pegó en mi paladar, y no podía despegarla sin saber qué parte de Dios estaba tocando con la lengua.

A mi lado, todos los querubines parecían levitar en la nube del «Santo-Santo-cantaba-María. Quién-más-pura-que-tú-sólo-Dios. Y-en-el-cielo-una-voz-repetía: Sólo-tú-sólo-Dios-sólo-Dios».

Algo de este canto me sigue sonando hoy, tal vez en el recuerdo goloso del chocolate que nos esperaba después de la misa. Quizás en los distintos trajes de primera comunión que mostraban las diferencias sociales. Aunque algunos colegios paltones en la época de la Unidad Popular obligaron a sus alumnos a usar solamente el uniforme escolar, para quitarle pompa a este rito y emparejar, aunque sea visualmente para la mirada del Señor, la facha sencilla de los pendejos.

Es posible que la primera comunión, a pesar de haber sido el inicio de la culpa en muchas mentes infantiles, a pesar de engendrar en la cabeza de las niñas un destino de sometimiento representado por el vestido de novia, a pesar de todo esto, la foto de mi primera comunión me sigue mirando desde el retrato infantil, con esa melancólica inocencia que luego la vida arrancó de cuajo en la dura lucha del creer sin creer y del amar sin amor.

3. EL PRIMER DÍA DE CLASES ("UF, LUNES OTRA VEZ")

Y pareciera que todos andamos esperando la primera lluvia para relajarnos, para decirle adiós al eterno verano y por fin asumir el año que recién comienza en marzo, cuando el país retoma su agenda de burócrata planificado, cuando de un dos por tres se pasa del febrero ocioso a las carreras por las tiendas buscando el uniforme escolar, porque los niños ahora crecen de pronto. Uno no se da ni cuenta y los pitufos te miran desde arriba, alegando por la ingeniosa ley que acorta las vacaciones y los mete de sopetón en el odiado primer día de clases. Ese latero reencuentro con la institución educadora, con esos profesores almidonados que les dan la bienvenida con sonrisa chueca. Los profes que ahora son jóvenes, recién egresados de las universidades, que fuman pitos e igual odian dejar el carrete, los jeans y las zapatillas para entrar en su doble vida de impecables reformadores. Y quizás, ése es el único punto en que alumnos y profesores se encuentran realmente, planchando la ropa, ordenando papeles y cuadernos para comparecer en el bostezo ritual de la primera mañana escolar.

Allí, alineados en el patio, separados por curso y género (porque juntos se fomenta la fornicación adolescente, dicen los educadores). A esa hora de la mañana, tener que escuchar los interminables discursos de la directora, que con los ojos blancos, cacarea su oración por la santa patria, por el puro Chile que te educa para ser chileno (qué novedad), por las buenas costumbres, que por lo general son para los estudiantes chupamedias, que escuchan en primera fila con cara de santurriones el discurso de la señora. Mientras atrás, a puro pellizcón, los inspectores mantienen a raya a los desordenados, a los pailones de la última fila, los que no se cansan de joder con sus bromas y chistes picantes. Los que se tiran peos e inundan el ordenado aire de la mañana escolar con ese olor rebelde. Tal vez son los únicos que escuchan el discurso de la directora, los únicos que le ponen atención para imitarla, para remedarle su cursi y mentirosa acogida. Y la escuchan porque la odian, porque saben que ella no los pasa, detesta su música, su ropa y sus peinados y su desfachatez de pararse en el mundo así. Y llega cada año con nuevos reglamentos y castigos e ideas y talleres lateros para que sus niños ocupen mejor el tiempo.

Los estudiantes de la última fila saben que la directora nunca los pierde de vista. Y por cualquiera anotación pasarán por su oficina cabizbajos, escuchando el mismo sermoneo, la misma citación de apoderados, el mismo: «Hasta cuándo, González. Hasta cuándo, Loyola. Hasta cuándo, Santibáñez. ¿Nunca se va a aburrir de hacer tanto desorden?» Y la verdad, los alumnos de la última fila seguirán con sus manotazos y pifias mientras la sagrada educación nacional no los represente. Mientras les alarguen la tortura de las clases hasta las cuatro de la tarde, ellos seguirán riéndose del tiempo extra que gasta el Estado para domarlos. Si nadie les preguntó, si nadie les dijo a ellos, que son los únicos afectados. Y por eso los chicos andan a patadas con los bancos, escupiendo con rabia a espaldas del inspector que los manda a cortarse el pelo. Ese largo pelo que durante las vacaciones se lo lavaron y cuidaron como seda. Esa hermosa cascada de cabello que los péndex se sueltan femeninos cuando van a la disco. Tal vez lo único ganado de todas las revoluciones y luchas juveniles. Esa larga bandera de pelo que los chicos se desatan clandestinos y la educación se las arrebató de un zarpazo. ¿Entonces cómo esperan que ellos tengan otra actitud frente a esta agresión oficial que les quita lo que más quieren? Cómo pretender que en la última fila no vuele una mosca, si todos los ojos del primer día de clases están puestos en ellos, entretenidos en reírse de las amorosas palabras de la directora, tirándose flatos cuando ella presenta al alcalde. El gordiflón que impuso el pelo

corto, que se hace el buena onda recordando sus lejanos días escolares. Eso fue en Jurassic Park, se escucha atrás para callado, y todos los cabros se ríen aplaudiendo el chiste. Y el alcalde confundido, da las gracias pensando que sus palabras han tocado el corazón de los muchachos. El despeinado corazón de la barra joven, que regresa a su prisión pelados como milicos, con una mueca de asco en la boca cuando contestan con rabia: «Presente, señor», obligadamente presente.

4. LOS DUENDES DE LA NOCHE

Y no hay que abrir demasiado los ojos para verlos, para descubrirlos en la telaraña metálica y deshumanizada de la urbe, ni siquiera hay que dejarse llevar por el espíritu caritativo del padre Hurtado, que dedicó su vida a educarlos y entregarles una formación católica que los arrancara del pecado y la noche. Tampoco son ángeles, más bien duendes proscritos, niños y niñas de 5 a 14 años que escapan de sus casas, huyendo de un padre borracho, prófugos de hogares para pelusas guachos, como la extinta Ciudad del Niño en el paradero 18 de la Gran Avenida donde ahora construyeron un gran mall, o el Hogar de Carabineros Niño y Patria, allí donde el violador fue el padrino, el carcelero, el maestro, el cuidador o el compañero de camarote, que al cumplir 14 años, desató su sexualidad reprimida amordazando al pequeño, y lo penetró en la indefensa noche de su atorrante infancia.

El resto ya es pan comido, masticado duramente en las veredas cochinas donde se reúnen al calor de un cigarro. Preferentemente son los paraderos de micros, la bajada y subida de pasajeros a quienes se les implora una moneda con azulada inocencia, o también si van desprevenidos, les arrebatan la cartera y desaparecen tragados por la sombra cómplice de la ciudad. Luego, después de botar los documentos y deshacerse de la cartera, con el dinero sustraído compran cajas de chicles, chocolates, gomitas de eucaliptos o calugones Pelayo, y se suben a la misma micro ofreciendo este azucarado comercio. Y en el continuo sube y baja de la pisadera, se escuchan sus voces roncas de tabaco y frío sonámbulo de invierno madrugador. Se oyen sus risas de enanos viejos, acostumbrados al humor obsceno de la calle, al sexo lunfardo de las cunetas, y con sólo 12 años, prostituyen su cuerpo lampiño en las rotondas, tiernamente lujuriosos, ofreciendo a los oficinistas de paso una rosa en flor.

No son ángeles, tampoco inocentes criaturas que adoptan la ciudad como una prolongación de su itinerario torreja. La vida los creció ásperamente desde la pobla, el orfanato o la cárcel juvenil, donde la miseria económica ensució sus cortos años. Adictos a todos los vicios, inflan la bolsa de neopren con sus ñatas pegajosas y asfixiadas por el exilio y el hambre. No son ángeles urbanos, tampoco responden a la imagen de la tele, donde el niño vagabundo y rehabilitado suplica ayuda para alguna fundación de beneficencia. La ciudad pervirtió la dulzura que la niñez lleva en el mirar, y les puso esa sombra malévol que baila en sus ojillos cuando una cadena de oro se balancea al alcance de la mano. La ciudad los hizo esclavos de su prostíbula pobreza y explota su infancia desnutrida ofreciéndola a los automovilistas, que detienen el vehículo para echarlos arriba seducidos por la ganga de un infantil chupar. Luego vendrá la calle nuevamente y el eterno deambular por el Santiago anochecido que aventura el pirateo de su coja existencia.

Ya no son ángeles, con esa biografía pata mala que avinagró su cachorro corazón. Ya no se podrían confundir con querubines, con esas manos tiznadas por el humo de la pasta base y las costras del robo a chorro que arrebató una billetera. Pero aun así, a pesar de la ciénaga que los escupió al mundo, todavía una luciérnaga infante revolotea en sus gestos. Tal vez una chispa juguetona que brilla en sus pupilas cuando trepan a una micro y la noche pelleja los consume en su negro crepitar.

5. Pin-Pón (O LA LUNA TRIZADA DEL NUNCA DESPERTAR)

Tal vez la televisión para los niños ha reemplazado al libro de cuentos, las hadas, las princesas y todo ese universo etéreo protegiendo a los peques de las maldades del mundo, esa cápsula que los aislaba de la dura realidad con su arqueológica miel de fantasía. Así, la caja luminosa ha impuesto tíos, madrinas y parvularias que creen entretener con su cantito bobo a los pendejos drogados hoy por los monos japoneses. Pero hace varias décadas, la memoria de una pasada niñez archivó una serie de programas a la hora de once para nuestra ingenua vida de enanos pegados a la tevé. Por entonces, en la Unidad Popular, estaban los mimos de Noisvander animando la matiné izquierdista en ese clima alterado por el cambio social. También Pin-Pón, el muñeco saltarín que se empequeñecía sobre el piano de Valentín Trujillo, entonando su pegajoso canto. Pero Pin-Pón era un símil de Pinocho, una marioneta viva que enseñaba a jugar pintando, a jugar haciendo la cama, a jugar tomándose la sopa, a jugar haciendo las tareas, quizás como una disfrazada forma de hacer productivo el ocio infantil. Y entonces, uno se la creía, y «cuando las estrellitas comenzaban a salir», nos íbamos a la cama sin reclamar, arrullados por la balada hipnótica de Pin-Pón. Tierna infancia, dulces sueños de aventurarnos en un jardín como una selva gigante de la mano del muñeco, estremecidos por el zumbido de un helicóptero que resultaba ser un moscardón. Lejana ingenuidad de mirar el mundo desde abajo, conmovidos por el globo plateado de la luna en nuestro cielo verdejo, donde unos astronautas habían llegado sin toparse con los marcianos. Más bien, los marcianos eran otros niños pequeños que soñaban con nosotros, terrícolas en su pesadilla espacial. Y algún día, cerca del 2000, podríamos conocerlos. Qué lejano e inalcanzable estaba el 2000, la esperada Odisea del espacio.

Por allá, a comienzos de los setenta, el conocido Marcelo, de Cachureos, era un cantante del montón que aparecía en los actos de izquierda apoyando a la Unidad Popular, pero después, con la violenta llegada de los bototos, se acomodó al nuevo régimen, inventándole a la niñez de la dictadura el mofletudo Tío Marcelo y la tropa de personajes de Cachureos. Y en realidad, lo mejor de este programa es el nombre, que identifica la basura angelical que reparte el guatón en su show de monstruos buenos y chistes torpes. No se sabe si a los niños les gusta tanto, o simplemente se acostumbraron al griterío simplón del «corre que te pilló». Casi en la misma época, un set de parvularias cuicas crearon el grupo Mazapán, insertando en la televisión la didáctica del kindergarten para alegrar a los pitufos. Eran cinco o seis tías rubias que conquistaron la teleaudiencia pendeja con su guitarreo pirulín. En ese edén de cabros buenos y niñitas rosadas, no cabían las brujas indias, ni las princesas chulas y feas. Todo era de dulce mazapán, que es un tipo de golosinas consumidas en el barrio alto, donde estas hadas regias y flacuchentas repartían encanto y fantasía para la ricachona niñez. Demasiada bondad de reinas sin drama tenían estas niñas universitarias de tierno mirar. El complejo espacio de la niñez aparecía reducido nada más que a un cielo de merengue, donde las tías Mazapán trinaban su catecismo de pequeña moral para los niños atontados de tanto tirulí y cuchuchú. Ya casi a mediados de los ochenta, la pareja del Tío Memo y la Tía Pucherito pegaron fuerte en el corazón pichintún con su «Vamos de paseo en un auto feo, pero no me importa porque como torta». Era un show similar a los anteriores con la misma musiquita reduccionista del Colorín Colorado, con las mismas caras pintadas de payasos festivos que hacían bailar estadios llenos. Pero esto duró hasta la separación de la pareja, y después el oscuro incidente donde se vio implicada la amorosa Tía Pucherito. Pero en fin, estas hadas y tías madrinas de la tele también son de carne y hueso, también viven divorcios, abortos, prontuarios penales y exilios políticos, como el querido Jorge Guerra, el recordado Pin-Pón, que al regresar al país, quiso reponer su personaje sin ningún éxito, sin lograr conmover el alma indiferente de la niñez tecno en los noventa. Y quizás, el arrugado «muñeco con cuerpo de aserrín» actualmente sólo pueda afectar a los niños cuarentones de esa generación maltratada por la dictadura, que hoy antes de dormir, evocan en esta nostálgica marioneta humana la luna trizada de un lejano despertar.

6. LOS OJOS ACHINADOS DE LA TERNURA MONGÓLICA

Delicadamente, a Karin

Al parecer, estas sociedades automatizadas en su cuadratura dominante privilegian únicamente el aparato de la razón que pueda mantener en orden los sistemas de control. Así, se establecen categorías de «lo sano y lo enfermo», a partir de un patrón generalizado por leyes de conducta. La psiquiatría, la psicología y otros boliches de la mente simulan aceptar las variables del género humano con cierta compasión, con algo de superioridad lumínica que comprende y trata de reparar con terapias, electroshock, lobotomías y psicoanálisis los desvíos delirantes de las mentes con problemas. Pero hay casos que escapan a todo tratamiento, mundos paralelos que vienen liberados de la lógica pensante, universos autónomos que intentan compartir la ternura irracional de su mongólica mirada, sin tratar de adaptarse. Más bien, subrayando con sus ojillos achinados el desastre banal de la actual lucidez.

En este sentido, el llamado síndrome de Dawn agrupa, excluyendo, a una parte de los ciudadanos que viven esta característica. Les pone etiqueta de tontos sin retorno, suavizando la agresividad de la palabra mongólico con la ficha clínica de «síndrome de Dawn», como si se bautizara a la comunidad entera con el apellido del científico que aisló y catalogó la enfermedad en el extremo intratable de la locura.

Recuerdo, hace un tiempo, en la presentación de mi libro Loco afán, se me acercó una señora con su hija de alrededor de 12 años, y le decía a la niña: «Mira, él es la persona que habla por la radio. Él es Pedro Lemebel, salúdalo.» La niña me deslizo su visión chinesca sin verme, o viéndome con la misma indiferencia que miraba al público de la sala. «Ella lo escucha todos los días, don Pedro», me comentó la mujer, «y me obliga a prender la radio a la hora de su programa. Por eso la traje para que lo conozca.» Pero la niña estaba más entretenida mirando cómo el humo de los cigarros temblaba, subía y tomaba formas con el reflejo de la luz. «Salúdalo, dale la mano», la tironeó suavemente la madre. «No se preocupe, déjela, si ella quiere me saluda», le contesté. Entonces, al escucharme hablar, su mirada divagante me sintonizó en un punto de su infantil atención. Me sentí invadido por la presencia de la niña, que transformó todas las líneas horizontales de su cara en una emotiva sonrisa. Y me abrazó bruscamente, estrujándome con la tensión de una fuerza impensable para sus cortos años. «Ellos son así», me comentó la señora como disculpándose, al tiempo que se retiraba y desde lejos la pequeña me miró por última vez, proyectando su dulce diferencia entre la multitud ansiosa que llenaba el lugar.

Allí, esa niña me enseñó una lección o reafirmó ciertos discursos que yo había leído sobre lo minoritario. Ella era la minoría entre todos mis lectores homosexuales, mujeres, proletarios con rasgos indígenas y militantes de izquierda que me estiraban el libro para autografiarlo. Ella, allí, era un desvío de la emoción, proponiendo otras formas quizás más oblicuas de comunicarse. Tal vez proposiciones más primitivas, más directas y también más descalificadas por los cerebros elocuentes que superaron la niñez y hoy como corruptos adultos, solamente se saludan con un sudor de manos.

En la actualidad, la inteligencia formal y exacta desprecia otras formas de coexistencia. Pero cree reparar esta segregación sometiendo a estos niños a la utilidad práctica de su enfermedad. Los contrata de mozos para atender cócteles, usando su descolocamiento social para situarlos en el lugar domesticado de la servidumbre. Por cierto, al parecer ésta sería

la solución más lógica y mercantil para integrar con piedad al mongolismo a una civilidad que no lo soporta. Pero allí, en el salón del cóctel, ridículamente disfrazados de mozos, llevando bandejas y copas, parecen ser más atractivos o exóticos para la burguesía que continuamente reemplaza a su servidumbre. Lo mismo que en una teleserie de Televisión Nacional, donde pusieron a un chico Dawn para que se represente a sí mismo, reiterando la crueldad de ponerlo frente a su propio espejo.

Es fácil encontrar a estos chicos y verlos habitar la ciudad casi siempre de la mano de un familiar a quien ellos colman de besos, sin ningún pudor, sin ninguna vergüenza. Como si en esta fiesta de caricias, develaran el cortinaje de cinismo que educa nuestros afectos. Ellos son así de libres, y van esparciendo su zigzagueante mirar por los viaductos de la urbe controlada, quizás proponiendo un paréntesis o una ruptura a la lógica civilizada de nuestro tedioso pasar.

7. LA ENAMORADA ERRANCIA DEL DESCONTROL

Mirar hoy en retrospectiva los distintos estallidos juveniles que trazaron políticas y poéticas del descontento en las últimas décadas, quizás sea necesario para entender las nuevas formas de control social que el sistema de turno perfecciona para identificar, fichar y encapsular la fiebre joven, que desde antes del cincuenta, fue el motor alocado que desató utopías justicieras y sueños de futuro, donde los jóvenes aspiraban a tener alguna participación efectiva en las tramas políticas que iban a definir su porvenir. Tal vez, es necesario hacer una introducción a esta crónica, para remirar las huellas finiseculares de este desacato y poder descifrar la ingenua rebeldía que movilizó varias generaciones de la verde juventud, que al pasar los años, los acomodados partidarios y las rearticulaciones ideológicas, vieron decaer lentamente las dulces ilusiones, las provocativas rabias que no lograron fracturar el blindaje conservador del neo-ordenamiento, y así darle paso al amanecer de un mundo donde el deseo veinteañero inflamara la transformación.

Tal vez fue mucha la responsabilidad depositada en la joven revolución, y ahora resulte cómodo analizar desde el sillón de «adulto mayor» o desde la tranquila lógica del «adulto joven», los excedentes de las movilizaciones estudiantiles, universitarias, barriales, pandilleras o deportivas, que en algún momento, pusieron en jaque la institucionalidad y la hipocresía de su estatus. Digo que resulta cómodo registrar estos hechos, porque una territorialidad del espacio callejero hermana los distintos flujos jóvenes, que en la actualidad, se agrupan y desagrupan en la estrategia nómada de su errancia anarquista. En este sentido, la urbe contiene y desborda el vandalismo púber como un cambiante espacio donde se enfrentan las políticas de control y su desobediencia. Es la vía pública donde la práctica de la porfía civil desata su pasión, es la calle el escenario donde el cuerpo pendejo se enfrenta a su policial contendor, por cierto, siempre en desventaja frente a la máquina móvil de la ley que aplasta sin contemplaciones la aventura de la trasgresión. Así, nos encontramos hoy con otro mapa juvenil que no corresponde al nostálgico ideario del revolucionario del sesenta: idealista por discurso filosófico y doctrinario por iluminismo anticapitalista. Ya no bastan estas filiaciones para formar parte del pandillismo, que se camufla en la selva urbana (ya no en la sierra), realizando sus micropolíticas agresivas para romper la frustración y el desencanto.

Desde esta perspectiva, quizás tan errática como las pulsiones que a veces intervienen la calle, trataré de articular una mirada sobre el fenómeno social de las barras bravas. Por cierto, tratando de perfilar su pálida diferencia tercer-mundista, que subraya un abismo con el mismo suceso deportivo que se dio en otras partes del globo. Así, aunque parezcan similares dichos estallidos juveniles tras el fútbol, en Latinoamérica, y especialmente en Chile, su transcurso está afectado por causas políticas y desajustes tribales que diferencian las prácticas de fanatismo deportivo. Más bien, aísla el proceso de las barras bravas chilenas, que se dio tomando como excusa el fútbol, para demandar mejoras político-culturales en la masa joven heredada de la dictadura. Es así que se hace necesario contaminar este texto con biografías barriales, lenguajes de tribus y sobrevivencias de periferias, para adentrarse en la sociología del desamparo, donde surgieron las temidas barras.

EL DESPOBLADO OCIO DE LA CANCHA DEPORTIVA

Tal vez, al mirar Santiago de Chile desde un avión, es posible que en el árido paisaje que lo rodea, podamos distinguir sitios baldíos, cuadrados de tierra destinados a plazas, áreas verdes o sitios de recreación para los pobladores, pero que nunca llegaron a realizarse. Y al final terminaron como el tierral colectivo de la cancha donde los jóvenes practican fútbol, el juego más popular del país, la entretención gratuita que forma parte de la memoria cotidiana de los habitantes del Santiago pobre. Porque el fútbol siempre fue un deporte barato de practicar, sólo basta una pelota, el rayado de la cancha y el equipo de muchachos corriendo y pateando la bola, para olvidarse un rato de la cesantía y las carencias del medio. Allí en la cancha experimentan la única libertad corporal que conocen, la única libertad que les permite evacuar su resentimiento de chicos pobla, que se reúnen cada fin de semana bajo la insignia del club deportivo. Porque en toda población periférica existe un club que agrupa jóvenes adictos al balón, y estas pequeñas organizaciones vecinales reflejan un retrato del pasatiempo barrial que alegra sus días festivos con el ritual del partido en la cancha. Así, la misma cancha, que en estos confines latinoamericanos no es el campo sport tapizado de verde musgo, se transforma en una «zona franca» o territorio sin ley que ellos eligen y ocupan también para sus mitines de convivencia, sus fiestas y celebraciones por triunfos o derrotas del equipo, da lo mismo, cualquier resultado es la excusa para festejar con mucho alcohol, que se bebe sin límites y a cualquier hora. Pero especialmente al anochecer, cuando cae la sombra y es más fácil permanecer oculto de la policía en las tinieblas de la cancha mal iluminada por los faroles rotos. Ahí no falta la droga, el querido pasto, los pitos o macoña, como llaman a la cannabis sativa, que ellos mismos siembran en sus tristes jardines. Esta yerba, en la década pasada, era la

droga más popular para los chicos del borde. Incluso su consumo llegó a ser aceptado por las madres y familias que no veían peligro grave en la inocente plantita. «Lo pone más tranquilo. Incluso yo misma me tomo un tecito de hojas cuando estoy muy nerviosa», decían las señoras regando la marihuana, que era lo único fértil que brotaba en los áridos jardines. Pero al llegar los noventa, la folclórica marihuana fue desplazada por las múltiples ofertas del libre mercado. Especialmente por la cocaína, que en un comienzo se repartió como un maná entre estos adolescentes para sembrar adictos. La propaganda de este consumo, manipulada por policías y traficantes, parecía decir: «El primero te lo regalo, el segundo te lo vendo.» Y resulta importante hacer notar este cambio de adicción entre los chicos drogados, que luego integrarían las barras bravas, especialmente porque su situación monetaria no les permitió asumir un consumo tan costoso como el de la cocaína. A cambio, y en reemplazo a la frustración de no poder acceder a esa droga de ricos, el mismo mercado puso a su disposición un subproducto de la misma blanca: la droga llamada pasta base, fabricada con excedentes de cocaína, más yeso, cal y otras basuras en polvo. Tal producto se fuma y se vende en cigarrillos a un costo de dos dólares en los suburbios de Santiago. Sólo para empezar y caer en la angustia de su cruel adicción, porque después del primer cigarro y su éxtasis que sólo dura unos minutos, viene un vacío depresivo que obliga a seguir consumiendo desesperadamente otro cigarro y otro y otro, hasta que se acaban las monedas y «la angustia», como le llaman a la pasta base, obliga a los chicos a robar, asaltar, matar para adquirir otra dosis, y así mantener por unos minutos la pequeña felicidad de su desespero.

Y todo esto ocurre en el solitario paisaje de la cancha futbolera, el mismo espacio grabado en el recuerdo de la dictadura, porque allí los milicos amontonaban jóvenes en los allanamientos nocturnos a mediados de los ochenta. Estos operativos de represión que sólo afectaban a los barrios bajos, según la dictadura para detectar focos de subversión, son escenas imborrables en la memoria de los pobladores, porque a media noche, de madrugada, cuando el vecindario dormía, el sobresalto de los altoparlantes los despertaba con la orden: «Éste es un operativo de allanamiento, se ordena a todos los varones de la población que a la cuenta de tres tiempos estén formados en la cancha.» Y allí nadie podía contradecir esa orden con metrallata en mano, porque las tropas con la cara pintada entraban a las casas, pateando puertas, quebrando ventanas, sacando a culatazos a los maridos, abuelos, niños y jóvenes, a medio vestir, en calzoncillos, trotando por la calle rumbo a la cancha de fútbol donde, formados en filas, los empadronaban golpeándolos cuando titubeaban al no recordar el número de su documento de identidad.

Por éstas y otras razones, el desolado eriazó de la cancha pareciera ser el punto de partida desde donde comenzaron las movilizaciones masivas de las barras bravas. Los suburbios de Santiago acunaron la fobia antifascista que dio una dura batalla en la dictadura, demarcando entonces un perímetro de resistencia a las botas con la guerrilla urbana que se manifestaba con el cerco de barricadas y bombas molotov que ardían en la noche de protesta. Las noches de oscuridad por los apagones generales que provocaban los jóvenes de 1986, arrojando alambres al tendido eléctrico, enfrentándose a pedrazos con la máquina militar. Siendo detenidos, torturados y humillados constantemente en las cárceles donde eran llevados en manadas, a golpes, sin ningún derecho civil que avalara estas razias. Son muchos los que cayeron en esta lucha por la esperada libertad. Son más los que gastaron sus cortos años en militancias clandestinas, paros estudiantiles, tomas de colegios, vigiliadas por los desaparecidos, ayunos y todo el esfuerzo humano que significó el regreso al sistema democrático. Ellos participaron activamente en las concentraciones y marchas por el «No», que a fines de los ochenta, hicieron tambalear la dictadura y a principios de los noventa, llevaron al triunfo a la concertación de partidos opositores al régimen.

CON LA DEMOCRACIA LLEGARON LAS BARRAS

El cambio político que tuvo Chile con la llegada del gobierno demócrata cristiano de Patricio Aylwin, apoyado por corrientes socialistas, para los muchachos de la periferia sólo fue una alegría pasajera, porque al correr el tiempo se develaron los amarres constitucionales y los aparatos de represión que la dictadura dejó intactos para custodiar probables desenfadados sociales. Así, la policía, luego justificada por la democracia, incentivó la represión callejera dirigida especialmente a la juventud. Como una forma de venganza con los protagonistas de las protestas, los carabineros activaron la ley de detención por sospecha, realizando masivas detenciones en todo Santiago, pero especialmente a esa juventud excedente que dejó el traspaso político. Bandas errantes de anarquistas con pelos largos y vestimentas llamativas, grupos de esquina que tomaban alcohol y fumaban marihuana escuchando un partido de fútbol o un concierto de rock, eran apresados y formados en filas al grito de: «Todos contra la pared.»

En este clima de decepción, hicieron su estreno vandálico las barras bravas. Principalmente las dos más importantes: la Garra Blanca y Los de Abajo. La primera que se dice la más antigua y fundadora de este fanatismo neorromántico, es adherente al Club Deportivo Colo Colo, un equipo que lleva por insignia el perfil del cacique araucano Colo Colo, un personaje heroico que defendió el territorio mapuche durante la Conquista. Esta barra lleva en sí esta épica, y la escenifica en el contexto socio-político de quienes la componen: mayoritariamente jóvenes de la periferia que llevan en sus rasgos faciales la porfiada herencia mapuche. Se llaman a sí mismos «INDIOS PROLETAS Y REVOLUCIONARIOS», contradiciendo el típico arribismo desclasado de la actual sociedad chilena. Así, la Garra Blanca ostenta el orgullo de reconocer y asumir su origen humilde, lo cantan en sus himnos, lo escriben en sus graffitis, lo gritan en sus consignas, como una manera de hacer presente el sustrato más desprotegido por el modelo económico impuesto por la dictadura y sustentado por el neoaburguesamiento de la democracia actual.

«TE QUIERO ALBO, TE LLEVO EN EL CORAZÓN»

La Garra Blanca parte como tal hacia fines de los ochenta, pero fue en 1985 cuando diversos desajustes al interior de la barra oficial de Coló Coló, que por entonces se llamaba Quien es Chile, provocan la división de los hinchas, al parecer por desacuerdos generacionales. «Fue algo que se venía dando de a poco. En el grupo juvenil éramos como cincuenta. Digo entre comillas, porque a los de poca edad no nos tomaban en cuenta. Y como no podíamos participar en los carretes que hacían ellos, nos marginaban. Y dentro de esos marginados notábamos líderes, como el Guatón Jano, un compadre al que le gustaba decir garabatos y rompía con las reglas. Siempre tenía problemas con la directiva, hasta que un día lo echaron porque insultó a un dirigente, y al próximo partido él se puso al medio de la cabecera norte del Estadio Nacional, cantando solo, y nosotros lo seguimos. Ahí empezó todo.»¹

Este primer grupo de chicos rebeldes, entre los que estaban el Snoopy, el Ángel y el Samuel, por cierto también tenían otras formas de celebración deportiva que se diferenciaba de las aburridas tardes del estadio en la barra tradicional. Por ahí corría una caja de vino, más allá humeaba un pito de marihuana, alguno gritaba «Muera Pinochet», incorporando la contingencia política a la consigna deportiva, y este loco desenfado fue creciendo hasta opacar a la antigua barra, que desapareció en el protagonismo noticioso de la Garra Blanca, nombre que ellos tomaron usando como referencia la Garra Negra del equipo Corinthians de Brasil. El resto se fue dando solo. Fueron perfilándose como movilización colectiva de jóvenes que llegó a juntar veinte mil personas adherentes a la consigna «Te quiero albo, te llevo en el corazón». Lo de albo viene del color blanco de la camiseta usada por el Colo Colo, contradiciendo irónicamente la propaganda de barbarie negra que cargan por los constantes desastres que ocurren después de cada partido. Graderías ardiendo, miles de palos, piedras y botellas que llueven en la cancha, decenas de autos con los parabrisas rotos, declaraciones por televisión de los dirigentes del equipo, culpando al extremismo izquierdista que infiltró el sano corazón deportivo de los binchas, el intendente de Santiago diciendo que el Club Colo Colo debería hacerse cargo de las millonarias cuentas por daños y perjuicios, pero los dirigentes del club contestan que no se hacen cargo de estas cuentas porque la denominada Garra Blanca opera más allá de los límites de su control. No los reconocen como barra oficial, más bien fueron expulsados de la hinchada que sigue al equipo. Entonces el enamorado fervor de los chicos garleros es un sentimiento huérfano que va por ahí con sus desmanes, es una fidelidad nómada que se resiste porfiadamente al empadronamiento que propone la Ley de violencia en los estadios. A cambio, ellos se reúnen clandestinamente en bares de barrio a planificar sus acciones. Ahí en el enterrado paisaje de la cancha que los vio nacer, organizan su estrategia de moverse en grupos fraccionados que se arman en cada barrio de Santiago; Los Killers, Los Incansables, La Río, Holocausto, Los Revolucionarios, Los Ganster's de Cerro Navia, son algunos de los «colectivos de trabajo» que posee la Garra. Dicen colectivos de trabajo, siendo irónicos con la cesantía de sus miembros que cantan incansables: «Yo no quiero trabajar, no quiero ir a estudiar, no me voy a empadronar, quiero cantarle al albo todo el día, culiarme al chuncho (U. de Chile) y a la policía.»

El tema del empadronamiento de las barras fue una larga polémica que se dio por los medios de comunicación. Para que ellos aceptaran el fichaje de entregar nombres, fecha de nacimiento, cédula de identidad y domicilio, se les ofrecía todo tipo de regalos y garantías: materiales para renovar los antiguos lienzos maltratados en la lucha urbana, nuevos bombos para renovar el tam tam, que resuena como el corazón al centro de las barras bravas, un lugar bien identificado que sirviera de secretaría de los hinchas, apoyo económico para futuros proyectos, etcétera. «Como si fuéramos niños nos ofrecían juguetes por nuestra libertad», dice Erick, de la Garra Blanca, agregando que nunca aceptaron ser partes de ese chantaje. Total en todos estos años de clandestinidad, la Garra aprendió a moverse con sus escasos medios, juntando las monedas para reparar el bombo que se rompió huyendo de la policía, armando tocatas de grupos rock heavy metal, solidarios con la barra, preparando fiestas y poder sacar la revista Garra Blanca, la voz auténtica del alma garrera. Una publicación que lleva tres números, con un tiraje de tres mil ejemplares en papel couché, fotos a color, cuidada impresión, con el mínimo avisaje a un costo de seis millones que salen quién sabe de dónde. Seguro de cualquier movida pirata que manejan los chicos del borde, cualquiera, incluyendo saqueos y otros trasposos delictuales, menos vender el alma al mercado. Aunque en una ocasión aceptaron que Trofeos Mille les financiara un lienzo gigante de cincuenta metros. A cambio, debían poner la publicidad a los costados, pero ellos dejaron sólo la consigna barrista y eliminaron la propaganda con la excusa de que los pacos habían roto esa parte.

«MÁS QUE LA PATRIA, MÁS QUE LA MADRE, MÁS QUE UNA RELIGIÓN»

Pareciera que el callejeo filudo e ingobernable de la Garra Blanca, es la única filosofía que mueve las políticas infractoras de su errancia, llevando como ideología el deseo de triunfo deportivo de su equipo. Pero incluso más allá que el mismo equipo, la pasión barrista excede el fans club personalizado, para transformarse en un otro devenir múltiple de sociales deseos. «Los jugadores pasan y la barra queda», dice con algo de tristeza Erick, editor de la mencionada revista de la Garra, acentuando sus motivos de inestabilidad social que lo hacen estar allí. Como si en un momento hiciera un paréntesis en su fanatismo, para mirar más lejos y ver en el futuro cercano su calidad de sujeto no garantizado por el sistema actual, comparando quizás su mísera situación con la millonaria paga que reciben los jugadores del equipo de sus amores. El fútbol es una empresa transnacional que compra y vende sujetos como esclavos que saben mover las piernas, le comento a Erick. Me contesta que es cierto. «Pero es la única posibilidad que tienen algunos de salir del barrio y ser alguien en la vida. A nosotros nos cae bien Zamorano porque aunque está millonario y famoso, nunca olvida su clase.» Pero solamente son contados los chicos que llegan a primera selección, el resto sigue dándole al bombo en las galerías donde la

Garra Blanca se hace presente con la espectacularidad de su transitorio montaje. Ahí, en la barra, en el perímetro organizado de su formación, son libres. «Es la única libertad que conozco», dice Erick, describiendo la estrategia grupal de atrincherarse en un solo lugar del estadio para protegerse de la agresión policial o de la barra enemiga. «Ahí soy otro», repite, narrando las mil maneras que usan para pasar de contrabando el alcohol y las drogas que arengan la fiesta. Porque a la entrada del estadio deben pasar por un control minucioso de manos policiales que los manosean y perros que los huelen mostrando los dientes. Pero igual pasan el copete en bolsas plásticas que ocultan en sus genitales. «Es lo único que no nos tocan», ríe Erick cuando recuerda que una vez de tanto saltar y apretarse en el grupo, la bolsa se rompió derramándose el alcohol (pisco) en su entrepierna, y fue tanto el ardor, que pasó todo el partido echándose agua en los baños.

Estas formas de piratear la pasión dionisiaca al interior del campo deportivo, también incluyen la identidad de los barristas que usan múltiples chapas, apodosos o sobrenombres para nombrarse, y así escamotear la ficha punitiva del empadronamiento; se reconocen por el Víper, la Chica Sandra, el Palomo, el Rodilla, el Barti, el Jota, el Lucho o el Erick a secas, sin apellido, sin pasado, sin familia, porque su única familia es la pasión barrista que en las graderías encuentra su enamorado descontrol.

Los motivos de sus rabias y desastres callejeros son muchos, tantos como las biografías resentidas que viste la camiseta insignia de la barra. Y aunque todos coinciden con motivos de triunfo o derrota del equipo, agregan que también porque Pinochet ingresó al Senado en Valparaíso. Y ahí los vi una vez más, en la protesta masiva que estalló frente al Parlamento. Ahí estaban, con sus pasamontañas de combate, igual que el Subcomandante Marcos, pero movilizados en skateboard. Entre el humo de las bombas lacrimógenas, pasaban raudos tirando su artillería de piedras y encendiendo barricadas que inflamaron esa vergonzosa mañana en el puerto. Era difícil distinguir a qué barra pertenecían (a la Garra o Los de Abajo). En estos casos de refriega urbana, ellos ocultan sus rostros de la televisión y los fotógrafos. Tampoco llevan los emblemas del equipo, más bien hacen un pacto de no agresión en estas fechas contingentes, donde la memoria política los hermana en un solo motín de rebelión. Al igual que todos los aniversarios del Once de Septiembre, cuando se conmemora el golpe militar de 1973, y las agrupaciones de detenidos desaparecidos o ejecutados políticos marchan por las calles hasta el cementerio, las barras bravas son infaltables en el largo cortejo que cruza la ciudad, enarbolando banderas rojas, pancartas políticas y las fotos de los detenidos desaparecidos prendida al pecho de las madres huérfanas que perdieron a sus hijos. En este ritual de la memoria, los chicos barristas aportan su rebelión callejera cuando los escuadrones de policías atacan la marcha con sus gases lacrimógenos. Ante tal provocación, las dos barras se unen para contraatacar la repre. Y en el caos que provoca esta violencia uniformada, a veces los duros chicos barristas ayudan a las señoras que en la confusión han perdido un zapato. Ellos forman un escudo de contención en el Memorial (Monumento a los Detenidos Desaparecidos), para proteger a mujeres y niños del ataque policial, que año a año justifica un vocero de gobierno, declarando: «Carabineros actuó en legítima defensa». Por cierto, estas excusas hacen reír a los chicos barristas que en la refriega, acentúan los piedrazos contra la hipocresía oficial. En una oportunidad, cerca del cementerio, se encontraron con una tienda de zapatos Hush Puppies; un calzado para ricos por su alto precio, inalcanzable para los jóvenes pobres. Ellos no lo pensaron dos veces, y saquearon el lugar, dejando en la vitrina sus gastados zapatos rotos. En otra oportunidad, cuando regresaban de un partido realizado fuera de Santiago, aburridos del sopor del tren que los llevaba a buen destino, decidieron descarrilar el último vagón donde se encontraban. Y el tren siguió por la línea sin percatarse de que sus revoltosos pasajeros habían tomado otro rumbo. Tal vez para huir del ordenamiento que dirige el tránsito vehicular. Tal vez para ser dueños, por única vez, de un tren real. «Ellos, que de niños soñaron con el trencito eléctrico, juguete de la infancia rica, por esa vez tuvieron un tren de verdad, para irse a Disneyworld o Woodstock, alejándose de los tierraes secos de la pobla, de la ley pisando los talones y siempre arrancando, toda la vida en apuros de colegio, cárcel y hospital.»²

Tal vez en la lúdica agresión de ciertas acciones que ejecutan las barras, afloran resentimientos de clase que han marcado duramente el transcurso de sus pendejas vidas. Como niños grandes que juegan a bandidos justicieros, se adueñan de aquello que el Tercer Mundo les negó.

Otras razones que han detonado la rabia en los miembros de las barras se relacionan con injusticias raciales o segregaciones étnicas; como cuando se filmó el apaleo brutal a negros en la ciudad de Los Ángeles, Estados Unidos, los chicos sintieron en carne propia la luma policial, y lo manifestaron en acciones de protesta. Al igual que frente al desalojo del pueblo mapuche de sus tierras en el Alto Biobío para construir una represa, la Garra Blanca, solidaria, organizó un masivo acto de repudio. Pero como ellos acostumbra escupir sus broncas, con mucho ruido de consignas, aullidos de trutucas y violento metal-rock, el concierto llamado Festival de Resistencia Mapuche, congregó bandas rockeras de Chile y Argentina que pusieron su estruendo musical junto a la causa de los pueblos precolombinos. Allí estuvo A.N.I.M.A.L., Fiscales, Panteras Negras, Los Miserables, guitarreando su lenguaje tribal junto al discurso de Aucán Huilcamán, voz pública del Consejo de Todas las Tierras. Lo recaudado en las entradas fue en beneficio de esta agrupación. De esta manera, los chicos barristas irradian su política agresión, complicitándose con otras causas minoritarias. Y ellos ponen su corazón resentido junto a las víctimas del atropello neoliberal; el resto, soltar amarras de pasión y seguir al equipo dónde vaya, cómo sea, juntando las monedas y contratar un bus que sale de Santiago tambaleándose con tanto ebrio que canta con lágrimas en los ojos: «Yo nací en un barrio de fonolitas y cartón, yo fumé marihuana y tuve un amor/Muchas veces fui preso y muchas veces rompí la voz./ Atora en democracia todas las cosas siguen igual, nos preguntamos hasta cuándo vamos a aguantar./Ahora que soy de abajo he comprendido la situación, hay sólo dos caminos: ser bullanguero y revolución.»³

Salvándose de los controles policiales, los buses de las barras trasladan su desacato púber a todo el territorio sudamericano. Por la enorme carretera sur llevan el ronco canto de su desencanto por los pueblos y ciudades que los ven pasar con cierto terror. Porque cuando el bus se detiene por falta de alcohol o comida, ellos se bajan a pedir, y si no les dan, arrasan con los Esso Market de la carretera, y dejan como prenda una bandera del equipo y el alfabeto prófugo de sus graffitis. Una escritura propia de la tribu barrial que mezcla trazos de signos góticos con letras filudas de la gramática rockera. Cruces invertidas y vocales de flechas, convocando satanismo y códigos precolombinos de lenguaje. Y todo este conjunto de jeroglíficos es la huella intraducible de su pellejo peregrinar. Por cierto indicios difíciles de leer para sus uniformados perseguidores. Sólo trazos, garabatos tiernos de su silabario sudaca, que incansable, tizna las murallas recién pintadas de la «democracia feliz».

Pareciera que en este gesto de rayar y rayar muros con la caligrafía profana de sus graffitis, ellos confrontaran críticamente el nuevo orden educacional del libre mercado, las políticas clasistas de las universidades y colegios privados que inauguró el modelo económico a los que no tienen acceso los jóvenes pobladores que no pueden pagar sus altas mensualidades. Pareciera que los rayados de las barras fueran signos que decoran la ciudad, conteniendo todo el desencanto que les dejó la transición democrática. Esta manera de hacerse visible en la limpia pizarra urbana, delata su estigma de chicos duros ajusticiados por un sistema, que antes de nacer, ya les tenía escrito su prontuario.

Así y todo, ellos son los únicos que se la creen destruyendo las señales del tránsito que encuentran a su paso, los letreros del PARE, SIGA, NO DOBLAR, DETÉNGASE, los echan por tierra y van trazando una estela pirata en la experimentación anárquica que afiebra el camino. Los barrios pudientes de la capital tiemblan cuando algún partido de fútbol se realiza en el estadio San Carlos de Apoquindo de la Universidad Católica, sobre todo porque días antes, las autoridades en seguridad declaran que han reforzado la protección policial a las casas de los ricos. Se lleva a cabo un costoso aparataje de represión, como si publicitando la prevención, se desafiara la batalla campal antes anunciada. Y así ocurre, así aparecen en la televisión las manadas de chicos esposados caminando cabeza gacha al retén policial. Pero no todos son detenidos; el resto, en enjambres de poética destrucción, se la cobra con los jardincitos, autos lujosos y toda la juguetería que ostenta la clase alta, el 1,8 por ciento de las familias chilenas que viven con ingresos mensuales de siete millones de pesos y más. Tanto contraste socioeconómico acentúa la ira de los jóvenes proletarios, que luego del vandálico deporte, desaparecen en la sombra cómplice que les brinda la urbe, regresan a su territorio al compás de sus cantos, con la melodía de sus himnos que rescatan viejas canciones del gusto popular y las rescriben con las demandas de nuevas letras. Así, las históricas marchas de la Unidad Popular que animaron la candidatura de Salvador Allende, vuelven a sonar como new cover de la vieja utopía. El conocido «Venceremos» resuena hoy como un eco fresco en el estadio Nacional, que fuera campo de concentración en los inicios de la dictadura. Pero ellos lo cantan sin nostalgia, sin repetir el triste optimismo de la arenga izquierdista. Sólo rescatan el hilo musical que ellos nunca entonaron en aquella lejana fiesta, que sólo les llegó en casetes prohibidos o testimonios de padres y familiares exiliados o detenidos después del golpe. Por esto, aunque la prensa oficial los acuse de alma negra, drogadictos, vagos y borrachos, los chicos del margen saben elegir a la hora de entregar su adhesión (no su voto, son muy pocos los inscritos en los registros electorales). Ellos vislumbran en la penumbra ingenua de su joven emoción, la memoria estropeada del país que los vio nacer, y la vuelven a experimentar con los avatares de su batalla cunetera.

Para el ojo punitivo del sistema, representan las ovejas negras que dan mal ejemplo a la actual juventud exitista, conservadora e idiotizada por la navidad consumista de los mall, shopping y centros comerciales del Miami chileno. Pero más bien, las pandillas barristas representan un excedente humano que altera la risa cínica del Chile triunfador. El Jaguar descalzo del Cono Sur, el experimento económico que traza sus macropolíticas como un ave Fénix sobrevolando la techumbre oxidada de la periferia, y el paisaje opaco de la cancha de fútbol donde los ángeles de suelas rotas amortiguan su chasconeado pasar.

8. LA INICIACIÓN DE LOS CONSCRIPTOS (O LA PATRIÓTICA HOSPITALIDAD HOMOSEXUAL)

Siempre ha sido costumbre para las locas aventureras cruzar territorios minados, desafiando la «pureza» de la masculinidad militar, hacer guardia afuera de los regimientos esperando a los pelados que hacen el servicio para invitarlos a una cerveza, un completo y comprarles una cajetilla de Viceroy para luego llevarlos a alguna pieza de mala muerte donde el recluta paga estas atenciones con sus servicios erectos. Es así, y por décadas estas ocultas complicidades forman parte de la iniciación patriótico sexual de muchos adolescentes, que rapados al cero, son enviados a ciudades distantes de su hogar, lugares extraños y lejanos como Punta Arenas, Antofagasta, Talcahuano, Iquique o Arica, donde sus días de permiso, son tardes vagabundas dando vueltas en la Plaza de Armas, fumándose el único paquete de cigarros comprado con los pocos pesos que les da el ejército. Buscando entre los parroquianos una mirada amiga que los invite a sus casas a tomar una aguada taza de té.

Los chicos de la milicia, obligados a permanecer largo tiempo en estos remotos paisajes, aventuran su tedioso deambular en la mirada seductora de algún marica que delicadamente les sigue los pasos, que los mira a la pasada con un parpadeo de amapolas calientes, contagiándoles un misterioso acuerdo poético carnal que los engancha cuando la loca se acerca con un cigarro en la boca y le pregunta a uno: «¿Tienes fuego? ¿Tú no eres de acá? ¿Cómo te llamas?» Y la verdad, a tantos kilómetros lejos de su hogar, de sus amigos machitos peloteros de la cuadra, de sus pololas del colegio, el pendejo ni lo piensa y se deja envolver por esa única forma de cariño mariposón que encuentra en este exilio militar. Así, cada vez que los domingos tiene día de permiso, ya no va a girar aburrido por los jardines de la plaza, ahora tiene otro hogar, otra casa que lo recibe con café con leche y tostadas en la once, y después de ver televisión echado a pata suelta en una cama, luego de haberse fumado una aguja de macoña colombiana que le tenía de regalo su loca, para que esos humos celestes le amortigüen los moretones del entrenamiento con su nirvana vegetal. Aún lo espera una botella de pisco para calentar la fiebre aeróbica de la noche. Pero no siempre el chico tiene que pagar la hospitalidad «hogar, dulce hogar», boqueando entre las sábanas colipatas. A veces, los pilla el amanecer solamente conversando, contándole al marica sus fracasos en el colegio, las humillaciones que tuvo que pasar de junior, mozo o barrendero en esas pegas para liceanos repitentes, que después de tanta decepción, lo único que les queda es el servicio militar. «Porque mi viejo no podía seguir manteniéndome, ¿cachái? Y todos los días me sacaba en cara la ropa y la cagá de comida que me daban en la casa. Por eso me inscribí para el servicio, y me mandaron al norte. Y yo quería que me mandaran lo más lejos de mi casa. Lo más lejos, para olvidarme de la pasta base, de los locos de la esquina, de mi polola y de mi mamá, que es lo único que no puedo olvidar.» Y allí, la melancolía 45 grados del pisco lo hace sollozar. En esa cama ajena, con olor a sexo y alcohol, es en el único nido que se permite quebrarse, y llorar, llorar amargamente como un mocososo, mientras la marica le pasa un pañuelo, lo consuela, y levanta su ánimo, diciéndole que no se ponga así, que ya todo va a pasar, que pronto va a regresar a su casa, que mañana será otro día. Y después de acurrucarlo en sus brazos, lo relaja con un masaje oriental, desenchufa la tele, apaga la luz, y lo deja dormir solo y bien arropado como una madre cariñosa que se guarda en el alma sus deseos incestuosos.

Así, estas iniciaciones que viven los chicos del regimiento son favores compartidos, pactos de urgido sexo sodomita a cambio de la tibieza hogareña que aplaca la relegación obligada de la educación militar. Es posible que al pasar ese tiempo, cuando los aprendices de soldados regresan a sus casas con la licencia en la mano, nunca más recuerden la casita rosada donde las tristes tardes de la milicia se endulzaron de cariño prohibido, sexo verde y psicológica confesión. Quizás, estos secretos entre conscriptos se llevarán para siempre tapiados por la represiva virilidad castrense, o también formarán parte de una bitácora paralela que guarda el ejército, como servicios a la patria entregados clandestinamente por la hospitalidad homosexual.

9. ADIÓS AL CHE (O LA MIL MANERAS DE DESPEDIR UN MITO)

Tal vez, hoy, sean necesarias las representaciones operáticas de los pasajes más conflictivos que marcaron un clímax de tensión en la película del pasado milenio. Y para los que vivieron las escaramuzas del sesenta, para los que las leyeron en libros y revistas, como para los jóvenes del noventa que llegaron tarde al vacilón revolucionario, el gran acto de homenaje al Che en el estadio Nacional tenía el carácter de resucitar su memoria por unas horas, para después dar vuelta la hoja de su peligroso recuerdo. Y hay que reconocer que, si bien el acto tuvo momentos muy emotivos que transportaron a la masa a la cruda historia dictatorial, aunque es y será necesario repetir mil veces el ritual de nombrar a las víctimas y apuntar a sus verdugos, la lejana historia del Che para los setenta mil jóvenes presentes, era nada más que otra lejana historia como excusa para manifestarse sobre actuales contingencias. Vibraba en el aire un odio parido contra el tirano apernado en su poder, temblaban las graderías en la repulsa gritona al estatus neoliberal de la democracia. El lolo punga, las barras filudas, los universitarios y los cincuentones del canto nuevo, encontraron en esa noche una nota común para manifestar su desencanto, para reunir a la familia izquierdilla y su palomillaje inagotable. Y en ese marco de nostalgia, rabia y pena, el gentío se amasaba al vaivén hermanado del «pueblo unido, jamás será vencido», la muchedumbre frotándose en la calentura política de ese canto, hacía del homenaje al guerrillero un éxtasis común, una rara forma de acunar la pasión en la paila ardiente del estadio. Y de Ernesto, pocos seguían la liturgia memoriosa del acto, menos aún ponían atención a la biografía documentada de Guevara. Y era mejor así, quedarse con el soñador del mundo nuevo, a escuchar las cartas que el Che le mandó a su familia, documentos que ahora lo retratan como un machista tradicional, diciéndoles a su mujer e hijas que se encargaran de las labores domésticas, que lo esperaran con la comida caliente, que atendieran a sus hijos hombres, los únicos que con él eran capaces de realizar la revolución. De seguro, si Ernesto viviera no estaría en ésa, y menos aún habría aceptado que se leyeran esas cartas personales en el acto. Es posible que tampoco le hubiera gustado ser la estrella del megaevento preparado para su fugaz exhumación. Demasiado hombre arrogándose la revolución, como también algunas mujeres marcando el macho acento de esa épica. De seguro que si vivieras, Ernestito, te habrías pegado una revisada a tu metraca virilidad. Te habrías arrepentido de haber tirado al suelo el libro de Virgilio Piñera, cuando lo encontraste en la biblioteca de una embajada cubana y le dijiste al embajador que cómo podían tener a un maricón metido allí. Por cierto si vivieras, te extrañarías de que tu funeral coincidiera con el de Diana de Gales, con el de Teresa de Calcuta y ahora último con la boda de la Infanta española. Vaya qué contradicción. Vaya qué confusas exequias carnavaliza el mercado, Ernestito. De seguro nunca lo pensaste tantos años enterrado en esa tierra clandestina. De seguro nunca imaginaste que el mundo iba a presenciar por la tele la exhumación de tu mortaja. Probablemente nunca habrías aceptado ser el invitado de honor a esta misa por tus restos a estadio lleno, y menos para el funeral en La Habana, donde hasta tus

enemigos tendrán palco comprado para el evento. Mira tú cómo la revolución vende el espectáculo al gran mundo capitalista. Y no es moral, solamente otra mirada sobre tu recuerdo, una mirada coliza en medio de la galera delirante que coreaba tu nombre. Una mirada también humedecida al escuchar por primera vez tu voz en la grabación que sonaba en los parlantes. Tu voz, desconocida, pero tan marcial, tan milica en la arenga lejana de ese entonces, ese ayer, tronando en el eco de tu discurso que seguí oyendo cuando dejé el estadio, cuando me confundí en la marcha de las siete mil almas que esa noche despedimos un mito, y le abrimos la puerta a otro Ernesto, más cercano, más frágil, que golpeó nuestro corazón tímidamente con un beso de bienvenida.

10. NOCHE DE HALLOWEN EN VALPARAÍSO

Al Chago y su pandilla de Playa Ancha

Que si alguien dice vamos al puerto este fin de semana, y más aún si hay un feriado entremedio que moviliza a la manga de santiaguinos apestados con el esmog y esa humedad apocalíptica que moja la entrepiera y suda las calles de la ciudad. Vámonos al puerto, dice alguien, y como por magia se siente el frescor del oleaje y el tufo de mariscales y frituras de pescados con vino blanco heladito para quedar raja tirado en Las Torpederas, fumándose un buen pito de paraguay, de esos que te hacen olvidar género y nombre. Además, hay noche de Halloween en la disco no sé cuánto, y no te cuento qué volá, qué onda, qué súper carrete, Pedro, y olvídate de las crónicas y vamos ya.

Y ahí vamos encaramados en el pullman que sale completo porque la gente aprovecha estos recreos de los santos para ir a remojarse las patas en el mar, qué putas que está helado, que te deja el poto azul, tiritando diente con diente pero feliz, contento de arrancar de este hoyo asfixiante que es Santiago. Digo feliz, pero quiero decir con lo justo, con la plata del pasaje y algunas lucas para el carrete, con la esperanza de encontrar locos de la farándula, que en la noche cooperen con la de pisco en la escalera del puerto donde nos instalamos ocultos de los pacos, para hablar de política, de arte, de música y cantar esas canciones añejas que los jóvenes sólo cantan en Valparaíso. Los chicos rebeldes que en Santiago apenas me saludan, allá se tiran a mis brazos porque en la noche porteña todos los gatos son negros. Hasta unos cuícos de Tabancura que van pasando y al sonido de las risas nos hacen salud y se integran al grupo diciendo que me han leído, que me comprenden, que me aceptan porque soy buena onda. Y son tan jóvenes y bonitos que me guardo el resentimiento social para el Primero de Mayo, total, en una de éstas me caso con el rubio underground que se hace el descamisado en estos arrabales. El rubio medio pato malo que se quedó pegado conmigo y me estira la botella como si quisiera curarme, digo yo. Y me cuenta la historia del Halloween, de las calabazas con velas y las brujas, porque él la vivió en gringo-landia de pendejo, súper viajado, súper drogo y con ene billete, que suelta generoso cuando se acaba el pisco, y me dice que mejor nos cambiamos al whisky para llegar relocos a la fiesta de Halloween donde la Pelusa en Viña. Que no me preocupe porque allá hay de todo y si falta llevamos dos whiskys, pitos y unas líneas «para olerte mejor». Que me olvide de mis amigos de la escalera, porque ellos van a ir a esos bares de mala muerte donde no pasa na'. Tú sabís. Y casi sin pensarlo, me embalo con ellos en una micro rumbo a Viña, hipnotizado por los ojos del rubio que me dice que andar en auto curado en Valparaíso es un suicidio. Y debe ser así, porque la micro, casi vacía, zangolotea las cuestas, culebreando cerros en medio de las risas y canciones en inglés que entonan los CUÍCOS, doblemente mareados por el viaje. De pronto el vehículo se detiene, y en una esquina suben tres payasos callejeros que encienden aún más la fiesta micrera con sus caras pintadas y ropas de colores. Viste que acá también se celebra el Halloween, me dice el rubio, aplaudiendo a los tonys que se instalan junto al chofer para iniciar su show ambulante: «Señores pasajeros, hay payasos buenos y hay payasos malos. Nosotros somos malos, así que vamos cooperando con todo lo que llevan, y no es broma», dice uno sacando un cañón y apuntándonos a todos mientras el tony chico procede a la recolección de relojes, anillos, plata y whisky, hasta dejar al grupo tan limpio como Dios lo echó al mundo. Al bajarse, le sacan un puñado de monedas al chofer que se queda tan boquiabierto como nosotros, sin saber si reírse o enojarse cuando pistola en mano se despiden, diciendo: «Acuérdense de que hay payasos buenos y malos, nosotros somos malos.»

De ahí a la comisaría a hacer la denuncia, todos bajoneados de quedarse sin plata ni carrete en mitad de la noche. Todavía desconcertados por el circo del robo, por la habilidad teatral de esos pungas de mierda que me robaron mi Rolex nuevecito, me dijo el rubio ya sin caña, completamente lúcido y enrabiado, insoportablemente cuíco ya sin trago ni drogas. Imposible de seguir aguantando al grupito pituco en su desgracia, lamentándose, llorando porque tenían que regresar a Viña caminando. Y cuando lleguemos, van a ser las seis y adiós fiesta de Halloween, puteaba una de las niñas. Entonces, en un acto de buena fe, metí la mano en mi bolsillo y les pasé plata para otra micro. Y sólo ahí se dieron cuenta de que los payasos a mí no me habían revisado ni robado. Debe ser por el miedo que tiene la gente de tocarme, le dije al rubio que se quedó marcando ocupado cuando le tiré un beso con el dedo y me perdí en las sombras del puerto, caminando hacia esos bares de boleros picantes donde aún me esperaban mis amigos con las copas en alto a punto de beberse la noche porteña con su roja risa de payaso.

11. LA CALETA DE HORCONES

De cara al mar turmalino y al gavioteo rumoroso que alborota la caleta del mítico y carreteado Horcones. El caserío que emerge pulguiento por la bajada de autos, negocios y veraneantes que hacen turismo en esta playa donde se bambolean volados los botes en la medialuna de arena y los pescadores se pasean en camisetas con signos de la paz. Los viejos habitantes de este medio puerto, medio pueblo, media agua del corazón artesa y su güeviado sobrevivir. Porque aquí se cruzaron los oficios en el proyecto arte-vida de crear un microclima lanudo y rockerón. Una aldea hipposa, sucursal pilila de Woodstock que se financiara independiente, al borde del libre mercado, en la utopía somnolienta del laburo sin patrón, de la pega sin marcar tarjeta, no usar terno ni corbata, vivírsela con lo puesto como uniforme libre de un payaseo laboral.

Claro pues, hermano, en la caleta se vende lo que se puede, desde la pulserita de lapislázuli, pasando por las velas de la purificación, los móviles de Conchitas, hasta las pilchas teñidas con estampado o batik flotando al sol, más una que otra chuchería hindú o japonesa para surtir el stock. Así no más, en este circo de intercambio biográfico, el pescador aprendió de la artesanía, y el artesano alguna noche falto de money para el tinto, se hizo pescador. Como el artista joyero que pasa día y noche puliendo con un trapito la turquesa engarzada en el anillo de plata, pero goza de doble oficio, traficando bajo el mesón la yerba dulce que aplaca con su olor el yodo mohoso del Pacífico.

En Horcones, el reloj habitual es sólo una referencia mecánica de cómo transcurre el calendario en este tiempo floripondio y sin edad. Se sabe que es viernes o sábado, porque de temprano comienza a descolgarse la fiebre veraneante y su consumismo langosta. Y parece que la miniferia de la playa, que recién cuelga sus estandartes psicodélicos bostezando, asume la contradicción de vender y odiar al mismo tiempo la mano cliente que da de comer. Algunos clásicos habitantes de la caleta piensan que para ellos, para la onda, el peor tiempo es enero y febrero, plagado de bañistas con sus bronceadores, tangas y toallas, riendo ociosos, salpicando eufóricos las carcajadas de su descanso banal. Los horconinos añoran marzo, cuando se despiden esta fiebre mosquito, y se van cerrando los locales de juegos luminosos, y los puestos de papas fritas apagan sus letreros, y se retiran las pizarras que ofrecen pescado frito con agregado a 1.500, Fanshop a 700 y completo más bebida a 1.000.

Y en esta partida, del último pullman que sube la cuesta repleto de cansados veraneantes, un vaho de serenidad se desprende del mar, arrojando con su bruma el ranchal de la caleta, mientras un remanso de olas barre la estela de desperdicios tirados en la costa. Entonces los habitantes de Horcones respiran tres veces y despiden tranquilos el carnaval bullicioso del verano. Algunos vuelven a ocupar sus casas y cabañas arrendadas durante las vacaciones a algún artista o gringo poeta, y luego se preparan a resistir el invierno frío y azul que vendrá luego, con calcetines chilotes, cuando la caleta de Horcones apague la vela salada de su acuario invernal.

12. CARTA A LA DULCE JUVENTUD

A ti, mi querida polilla de farol, mi carreteada zapatilla cesante. A la verde juventud universitaria, que escribe su testimonio con la llamada de una molotov que tisa de rabia el cemento. A los encapuchados del Arcis, de la Chile, de tantas aulas tomadas en la justa demanda de querer estudiar sin trabas económicas, sin la monserga odiosa del crédito, del recargo, de la deuda y el pago. Como si no bastara con quemarte las pestañas dándole al estudio los mejores años de tu vida, para después titularte de neurótico vagoneta. Como si no bastara tu dedicación, tu sincera dedicación, cuando te humea el mate toda la noche, hasta la madrugada leyendo, dejando de lado ese carrete bacán que chispearía de pasión tu noche de fiesta. Tu gran noche, pendejo, donde chorrearían las cervezas y un aire mariguano pintaría de azul el vaho de la música. Como si no bastara con todas las negaciones que te dio la vida, cuando postulaste a esa universidad privada y el «tanto tienes, tanto vales» del mercado académico te dijo: «Tú no eres de aquí, Conchalí, —No te alcanza, Barrancas, —A otro carrusel, Pudahuel, — A La U. del Estado, Lo Prado.»

Así no más, mi bella chica artesa que ya se las vivió todas de un trago, y en ese salud el futuro se derramó de golpe. Vino el embarazo y la bronca de tu viejo preguntándote de quién era el crío. Y qué te ibas a acordar si esa noche en la disco todos los locos tenían la misma cara de fiebre. La única que no te dijo nada fue tu vieja, quien te brindó su apoyo, valioso, pero inútil a la hora de pagar quinientas lucas por el aborto. Y ahí está el niño ahora, y tú lo amas como a nadie, y qué culpa tiene él, y qué culpa tienes tú también de abandonar tus sueños de progreso, de realización profesional a cambio de este papel de niña-madre. Adiós, mi chiquilla, a ese porvenir, que tan temprano canceló tus ilusiones gota a gota con la urgencia parturienta. Y, al final, como tantas chicas de la población, te ves hojeando el diario, buscando pega en un topless, en los cafés para varones, o en las casas de masajes que abundan en la oferta laboral de la prostituída demanda. Y eso fue todo, allí se acabó el cuento de la dulce princesita descarriada.

A tantos pendejuelos rockeros, raperos, metaleros, hip-hoperos, que despliegan su estética bastarda coloreando esta urbe infame con su melenada tornasol. A ellos, por su espectáculo de vida impertinente. Por sus desvíos, por sus tocatas donde el minuto bullanguero de eléctrico rocanroll, también equivale a un minuto de silencio. Por ese silencio, cuando llegas a tu casa, pateando piedras», «puteando piedras», porque lo único que te espera es la tele prendida cacareando su mentira oficial. Para ti, mi Johny Caucamán, mi Matías Quilaleo, mi Rodrigo Lafquén; bellos ejemplares de la raza mapuche

que en Santiago rapean su guillatún-tecno. Por esa fiereza de indio punky, pelo tieso. Por su indomable juventud, que desde acá, apoyan con el corazón encendido las movilizaciones de Ralco, el Biobío, y putean en mapudungun chicano por sus hermanos presos.

Para usted, joven barrista, que escucha desconfiado el palabreo de esta prédica. Tal vez para reforzar la sospecha de su espíritu futbolero que se expresa clandestino en los códigos del graffiti, del espray en mano, de la letra puntuda narrando en las paredes la flecha anarca de su descontento. Quisiera prometerle que la ciudad sería una pizarra para usted solo, y que en sus paredes, usted podría expresar libre esa gramática lunfarda que lo apasiona. Quisiera decirle que nunca más la bota policial limpiará su mierda de «orden y patria» en sus nalgas rebeldes. Podría ofrecerle tantas cosas, tantas esperanzas que muchos guardamos con impotencia en el lado zurdo del amor. Pero usted sabe más que yo de las promesas incumplidas, del apaleo de la repre, y del canto frustrado de su esquina pastabasera, de su cancha de fútbol y las tardes tristes, ociosas, peloteando. Usted lo vivió, lo supo o le contaron lo que ocurrió en su paísito. Por eso, usted sabe mejor que nadie que el sermón monaguillo de la derecha fue y será para el Chile pobre un epitafio de tumba.

No le ofrezco el cielo, porque sé que los ángeles le aburren. Tampoco un carrito interminable, porque el bolsillo roto de la izquierda no da para tanto. Tal vez, en esta carta, podamos imaginar un sitio digno donde respirar libertad, justicia y oportunidades sin besarle el culo a nadie. Quizás, soñar otro país, donde el reclutamiento sea voluntario, y usted no se sienta menos patriota por negarse a empuñar la criminalidad de esas armas. Sería un bello país, ¿no cree? Un largo país, como un gran pañuelo de alba cordillera para enjugarle al ayer la impunidad de sus lágrimas. Un hermoso país, como una inmensa sábana de sexo tierno que también sirva para secarle a usted su sudor de mochilero patiperro. ¿Qué me dice? Nos embarcamos en el sueño.

13. LAS MUJERES DEL PEM Y EL POJH (O RECUERDOS DE UNA BURLA LABORAL)

Y casi a mediados de la dictadura, cuando se vino encima una avalancha de cesantía, después de los años gloriosos de los yuppies y su dólar a 39 pesos. A fines de los setenta, cuando el boom económico era viajes, fiestas y circo para los adictos al régimen, precisamente luego de estas regalías de ricos y bototos, el castillo económico se les hizo agua a la patota amiga de Cuadra, José Piñera y el muñeco arrugado de Büchi (¿usted recuerda a ese candidato a La Moneda? Qué fantasía, qué chiste tener una peluca de tony en el sillón presidencial). Era rara, exótica y nefasta esa tropa de treintones palogruosos tirando líneas en la economía de un país anestesiado por la represión. Y en ese paisaje, en esa vida aporreada de las clases populares, a estos personajes se les ocurrió disfrazar la enorme cesantía con un proyecto de trabajo masivo que le diera pega tembleque al ocio hambriento de los chilenos.

La propaganda rezaba que si usted no tenía laburo, si usted era jefe de hogar y estaba cesante, que corriera a la municipalidad más cercana a inscribirse en el plan de trabajo instantáneo del PEM y el POJH, que diera sus datos, su edad y especialización, y en menos que canta un gallo sería llamado para integrarse a una cuadrilla de trabajo municipal. Eran grupos de gente formados por mujeres y hombres jóvenes, obreros que trasladaban piedras de una vereda a otra, personas mayores que hacían hoyos cavando al sol toda la mañana, para después taparlos sin ninguna justificación. Era un Santiago nublado que recordaba esos pueblos nazis donde marchaban hileras de judíos para trabajos callejeros. Santiago se despertaba mirando esas manadas de obreros del PEM y el POJH sembrando de pasto y florcitas los bandejonos de las avenidas. De lejos sus uniformes y delantales grises, eran una burla laboral que ocupaba a todas las señoras de una población para barrer las calles, para sacudir los monumentos y lustrar las baldosas de la municipalidad donde el alcalde pasaba rodeado de trabajadores del PEM y el POJH, llevándole las de abajo, sacudiéndole el traje, pasándole la lengua a la calle principal de la comuna porque venía de visita doña Lucía, la primera dama y su corte de veterrugas alcahuetas del nombrado Cema-Chile. En el gimnasio municipal, se reunía la señora del dictador con las mujeres del PEM y el POJH, las abuelas, madres, tías y sobrinas que la escuchaban con rabia y pena. La oían en silencio dando sus conferencias para sobrevivir en estos tiempos difíciles. Saquen papel y lápiz, les ordenaba una secretaria, para que anoten las ricas recetas de comida barata que ustedes pueden hacer con desperdicios. Juntando cáscaras de papas, bien lavadas, pueden hacer una sabrosa sopa que reemplazará la cazuela agregándole una coronta de choclo. No boten las cáscaras de manzana porque pueden hacer un lindo kuchen para la once, decorado con granos de uva que se recogen en la feria. Ustedes no saben lo que puede hacer la imaginación en estos tiempos de crisis. Sobre todo en la cocina popular. ¿No es cierto, Laurita Amenábar? No boten las sobras ni los cuescos, ni los huesos que es pura vitamina si los muelen, o también pueden hacer artesanías que enseñan las profesoras de Cema-Chile. No son épocas para desperdiciar la comida, decían las damas encopetadas, despidiéndose de las tristes mujeres, alineadas en las veredas, con una banderita en la mano, saludando a las señoras paltonas de la comitiva presidencial.

El programa de trabajo fácil del PEM y el POJH, fue la gran humillación que hizo la dictadura con la fuerza laboral de un país abofeteado por el desempleo. A cambio de una mísera paga y la limosna de un paquete de mercaderías, cientos de chilenos y chilenas eran usados en labores decorativas, trabajos inútiles, quehaceres degradantes para la inteligencia de la clase proletaria. El gallardo pueblo chileno, formado en largas filas afuera de las municipalidades, para recibir las migajas del presupuesto nacional que dejaban los milicos y yuppies. Allí, en esas mañanas de «dulce patria pinochetista», la repetición en las calles de las espaldas timbradas por el logotipo del PEM y el POJH, retrataba crudamente el menosprecio

por la dignidad humana impuesto por aquel modelo económico, el mismo que hoy, remozado por el afeite democrático, intenta reponer la cataplasma vejatoria de esos proyectos como parche circunstancial al presente desempleo. Podría decirse que estas geometrías temporeras de la función salarial, rememoran otro Santiago, otro paisaje corpóreo, que en los días del PEM y el POJH, marchaba por las calles goteando la ocupación mendiga de su inestable pasar.

PEM: Programa de Empleo Mínimo

POJH: Programa Ocupacional de Jefes de Hogar

14. LAS MUJERES DE LAS BARRAS

Y no son tantas las chicas que participan en la euforia barrera, apenas unas cuantas novias, amigas o hermanas de los hinchas, que luego de acompañarlos mil veces al estadio, después de compartir con ellos la fiesta gritona del triunfo, se ganaron un lugar en la multitud de machos, a costa de masculinizar gestos y lenguaje para ser admitidas en el violento territorio de la galería. Ese espacio donde llueven los salivazos y los empujones del baile no distinguen diferencias de sexo. «Al comienzo era una preocupación para nosotros, que teníamos que andarlas cuidando de los pacos o de la otra barra para que no les pasara nada», relata un hincha, reiterando el cliché de la fragilidad femenina y arrogándose la épica gallarda de ser su paladín. Pero luego los chicos se dieron cuenta de que las nenas se confundían con ellos en la batalla callejera. No eran flores de invernadero empuñando palos, corriendo y gritando consignas y garabatos hasta perder la voz, como le ocurrió a una niña de la Garra Blanca que estropeó sus cuerdas vocales y quedó ronca para siempre, pagando con su afonía el rito iniciático de ingresar al territorio de los hombres, pero sin voz, a costa de enmudecer el trino suave de su habla. Y pareciera que estos pagos se repiten en otras mudanzas de género donde la mujer transa su diferencia para cruzar los límites. Como en el rock duro, por ejemplo, donde las chicas deben enronquecer su canto para ser reconocidas en el agreste mundo rockero (Janis Joplin). Además, deben asumir todos los revientes de los jóvenes machos: el alcohol, las drogas y la épica suicida de la aventura urbana.

Las chicas de las barras no son muchas, y se confunden en su indumentaria con los muchachos que visten la polera del equipo y los jeans rotos. Pero en el climax del partido, cuando la barra se desnuda luciendo su torso macho, sólo algunas aceptan el desafío mostrando sus pequeños pezones en el oleaje de los cuerpos. Esto me recuerda la marcha lésbica de Stonewall 94 en Plaza Washington, cuando ante mi sorpresa sureña de ver multitud de tetas lésbicas —negras, blancas, rojas y amarillas—, desfilando en Nueva York, Juanita Ramos replicó el destape, diciéndome que era reiterar el gesto de los hombres en su prepotencia corporal.

Para las chicas barristas, es difícil mantener los colores de su género en el club fálico de los muchachos, al igual que otras minorías sexuales infiltradas de contrabando y nunca reconocidas públicamente por el temor de que la barra enemiga lo sepa y desde su machismo juvenil, les grite maricones. Pero de haber los hay, dice un hincha, recordando una pareja de chicas «demasiado amigas que en los viajes de la barra insistían en dormir juntas. Pero ninguno de nosotros le dio mayor importancia, si eran lesbianas y se querían era cosa de ellas», recuerda el hincha, agregando que ellos están con todos los que sufren persecución. Claro que sería conflictivo tener una célula gay al interior de la barra, los nenes todavía arrastran ese machismo proletario que teatralizan en el escenario de la galería, junto a las chicas de las barras, que pese a su minoritaria representación, están allí contra viento y marea en la consigna alterada por el desgarró de su voz.

15. LAS MUJERES DEL FRENTE (O ESTRATEGIAS DEE CAZUELA Y METRACA)

Y corría 1986 a puro fuego de protesta, a puro saldo de muertes impunes y atropellos militares que amenazaban no parar, que pronosticaban nuevos apaleos y torturas, y víctimas desangradas en las calles tensas de la repre. Y en ese escenario, muchos se jugaban la vida «moviendo fierros», contrabandeando metracas, planificando un reventón que le volara el bigote al tirano. Era la única forma urgente de sacarse la pesadilla, pensaban los comandantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y también algunos actuales políticos socialistas que entonces apoyaban el asalto para callado. Era una forma de remecer a Pinocho, tan tranquilo, tan plácido tomando el sol en su casa de reposo.

Fue una idea que creció en la clandestinidad, y fue tomando forma en la difícil organización de una guerrilla urbana, porque era tan peludo organizar un atentado en una ciudad tan copuchenta, una ciudad donde todo el mundo se conoce y encontrar casa de seguridad era infinitamente arriesgado y peligroso. Pero igual el Frente Patriótico se fue moviendo primero entre amigos, entre compañeros y conocidos que se atrevían tímidamente a prestar su casa para una secreta reunión. Así se fue armando la red de muchos simpatizantes que «hacían puntos» en las esquinas, que llevaban mensajes aprendidos de memoria, que transportaban armas en coches de guaguas, en cómicas jorobas, en falsos embarazos de mujeres ayudistas que burlaban el saqueo de quiosqueros y taxistas, muchos de ellos informantes de la CNI.

Era complejo tener esa doble vida de neurosis y sobresaltos al amanecer, porque un auto sospechoso se había estacionado frente a tu casa. Y por suerte en el Frente había mujeres que participaban de esa subversión. Desde liceanas que cargaban incómodas mochilas, profesoras que algo escondían en sus escritorios, dueñas de casa que guardaban balas

entre las cebollas, y abuelitas que pasaban piola los controles policiales llevando sus pesadas bolsas. ¿Y qué lleva ahí, señora? Y qué va a ser pos, mi cabo, puro pan duro para una sopa que mate el hambre.

Tal vez de esta manera fue posible el atentado, usando las miles de estrategias de mujeres que permearon el blindaje de la seguridad. Quizás códigos domésticos que implementaron las chicas del Frente en aquella suicida ilusión. Acaso esta guerrilla femenina en Santiago no usó traje milico de camuflaje ni bototos como en la sierra, a cambio, y para despistar, vestían lanas pacifistas y bambulas hippies, pero también delantales de enfermera, hábitos de monja o abrigos de pieles para confundirse con viejas cuicas. Y es posible que lograran pasar documentos y mapas en carpetas de Cema-Chile, teñidas de rubio, hablando con acento «si pos, ñato», o haciéndose las putas en una esquina lunfarda cuando se subían a un auto para circular la información. Todos estos secretos corrían en silencio por la boca chueca de las mujeres frentistas o sólo colaboradoras de aquel riesgo. Fueron las valientes viejas que se jugaron el pellejo en esa aventura. Algunas hacían mandas a la Virgen de Pompeya, de Lourdes, de Fátima, de Andacollo, para que todo saliera bien, o prendían velas y más velas encomendándose a alguna animita milagrosa para que las acompañara en sus caminatas con la punto 30 desarmada en la cartera. Y si había alguna duda, algún presagio de tormenta, se reunían con la bruja del Frente, una hermosa gorda de ojos claros que consultaba en las premoniciones del tarot los éxitos y fracasos de esa arriesgada empresa.

Los hombres del Frente siempre estuvieron fuera de estas femeninas complicidades, ellos sólo confiaban en la matemática fría de la estrategia pensante. Tal vez por eso no entendieron la carta de tarot que sacó la bruja guerrillera cuando preguntaron sobre el atentado. La carta era la torre, que ella leyó como el logro de un ambicioso proyecto, pero si no se cuidaban los detalles podía derrumbarse. Ante esta incertidumbre, la bruja del Frente consultó el I Ching, y el sabio libro de los cambios contestó la pregunta con el hexagrama donde el zorro cruza el río, pero se moja la cola. En fin, en la memoria política del siglo que nos dejó, hay diversas estrategias que contaminaron sus flujos combativos, permitiendo otras formas de rebelión, otras sobrevivencias del ingenio que tejieron las mujeres desde su anónimo lugar, donde el susurro de su intuición bordó en minúsculas las letras ignoradas de sus nombres.

16. PABELLÓN DE ONCOLOGÍA FEMENINA

Lo que apesta y deprime en esos hospitales de la caridad pública, ni siquiera es la humillación de la enfermedad, que para las mujeres, late como una alimaña punzante en la ramificación de miomas, tumores y quistes proliferando en úteros y senos. Un jardín venenoso que brota en los órganos de la sexualidad reproductiva, como si el cáncer, esa palabra que huele a pudrición, castigara lo femenino en su capacidad milagrosa de germinar vida. Y esta localización de la enfermedad en los lugares húmedos donde a veces anida el placer, pareciera crear el estigma pecaminoso de este mal que por parejo, hiere a las mujeres.

Según la escritora Susan Sontag, en su libro *La enfermedad y sus metáforas*, el cáncer femenino estaría signado socialmente como una plaga moral que ataca a la mujer en su sexualidad, por uso y abuso del acto coital. En tanto, el cáncer a la próstata del hombre, se valora como una enfermedad del esfuerzo y el trabajo. Es así que en los hospitales públicos, donde acuden las señoras preocupadas por hemorragias uterinas o durezas en las mamas, la atención oncológica es un trámite de madrugadas y largas horas, esperando la repartición de los números para ser atendidas por el doctor, el médico oncólogo, que mal humorado por estas horas de salud estatal que le obliga su profesión, apenas revisa a las enfermas, apenas las toca, apenas analiza los exámenes y biopsias, y luego de lavarse las manos con jabón desinfectante marca Pilatos, ordena rápidamente extirpar el útero y la fulminante radiación. Total para él, orgulloso de su formación médica inspirada históricamente en el cuerpo del hombre, la anatomía femenina y sus bochornos menstruales y menopáusicos, sigue siendo una incógnita, un apéndice extraño del soma varonil que la medicina aún no explora en su totalidad. Para él, un mediquillo castaño, recién titulado con su piel blanca, aún más blanca por el aura detergente de su delantal, le resulta más fácil recetar dipirona y más dipirona y cuando ya no hay caso, cuando se aburre de ver cada mes los ojos llorosos de la misma paciente, escribe el ultimátum quirúrgico de la operación. Allí el calvario de las mujeres con cáncer es otra estación de espera para salir sorteadas, después de un año, con la única cama de hospitalización. El catre blanco, todo saltado en que murió la enferma anterior. Por eso ella debe esperar en una camilla mientras desinfectan ese navio de la muerte. Y ésa es la bienvenida que recibe la señora cuando ingresa al pabellón oncológico.

Y ni siquiera es la luz sombría de los pasillos, como una gasa sucia que entela la mirada opaca de las enfermas ahí tiradas, allí anestesiadas por el olor a éter y emplastos de alcohol donde supuran las heridas. Ni siquiera es la atmósfera rancia, densa, donde sobrevuela la muerte entre aromas de comida, caca, orines y barbitúricos. Ni siquiera es el mal genio de los paramédicos golpeando las latas de bandejas y camillas manchadas con sangre. Ni siquiera son los gritos asfixiados de la abuela, revolcándose de dolor por falta de anestésicos. Ni siquiera es todo eso lo que va marchitando previamente a las enfermas condenadas por este mal. Son esos ojos, esos enormes ojos agolpados a la vida de esas mujeres, que alineadas en sus camas, y a pesar de todo, quieren ser vida mirando por ese hilo de claridad que las ata al mundo, atisbando ese único destello, ese blancor del uniforme con mascarilla de la enfermera pública, el único guante blanco que las mujeres del cáncer tienen a la mano para que las ayude, para que les alcance la chata, para que les brinde un analgésico, para que les dé un vaso de agua que pide la boca reseca, para que les regale una caricia que peine el escaso pelo de la calva cancerosa en el

minuto eterno de un bien morir. Pero ni siquiera eso tienen cerca las mujeres del cáncer cuando se despiden del mundo entre vómitos y sudores fríos, porque el timbre llamando suena y resuena por las salas y pasillos sin respuesta, como el eco agónico de un naufragio en el enorme vacío deshumanizado de la noche hospital.

17. UNA CHICA CON POLERA DEL CHE ENTRE PINOCHETISTAS

Como un gran teatro de marionetas, la patria de marzo en 1998, abrió su cortinaje al espectáculo donde asumía el tirano al Parlamento. Y si bien es cierto, muchos sabían que esto tarde o temprano se iba a producir, no pocos esperaban inocentemente que la Concertación haría de puente cortado para que el vejete no completara el itinerario prepotente de su Constitución. La misma carta política que él preparó como un ajuar corrupto para legalizar su cochina gestión. Más bien éste fue otro golpe de Estado, oficial y democrático, ahora de terno y corbata para estar ad hoc con la facha parlamentaria de los nuevos tiempos. Y fue como una teleserie, en que todo el país presenció perplejo el episodio caradura de su rodaje. Hasta el gran final, que culminó cuando el ñoño dictador juró como senador vitalicio, plenipotenciario, designado y divinidad sinvergüenza. Luego todo pasó y el pueblo chileno hizo gárgaras para guardar este nuevo golpe bajo en su memoria. Alguna escena de esta película desfilará en esta crónica, para que el devenir de los acontecimientos no borre la traición maloliente de aquéllos que no dijeron nada, de aquéllos que le estrecharon la mano, de éstos que brindaron por su nombramiento, de otros que se hicieron los lesos, y todos concertadamente juntos, hipócritamente le dieron la pasada.

Y el mismo día, como cualquier otro en que una chica de 17 se enfunda su polera taquillona estampada con la foto de Guevara. Porque hace tanto calor y el mediodía le transpira y le empapa la imagen tibia del guerrillero en sus tetitas progresistas. Sobre todo un 10 de marzo, cuando Pinochet, después de jurar como senador, entrega el mando del Ejército, y en las esquinas de Santiago, el blindaje verde oliva de la repre dirige el tránsito con su escuadra motorizada. Pero ella va primavereando la mañana del barrio alto, con su libertario desparpajo de llevar esa polera del Che frente a la Escuela Militar, donde se intercambia el mando del Ejército y la vereda hierve de viejas fans de Augusto. Señoras de peluquería, esposas de los mandos medios que no fueron invitadas al acto oficial. Pero igual están allí, gritando, llorando emocionadas, agitando las mismas fotos del anciano dictador. Y nada más son un grupete de fachos integrantes del Porvenir de Chile, juventudes de la UDI, Renovación Nacional y beatos del Opus Dei, todos de poleritas blancas, marciales junto a su patrono que esta mañana abandona los hábitos con el dolor del marcapasos que lleva por corazón. Igual la trifulca milica retumba en el pecho de la barra derechista que aplaude a los generales y comandantes que llegan como ekecos bolivianos cargando un boliche de medallas, tintineando como campanilleo de burdel. El panorama tiene aires de Tercer Reich, y ni las palomas afean el cielo sobre las tropas formadas en el patio de la Escuela Militar, esta mañana de macabro resplandor. La policía ha puesto barreras para encauzar al pinochetismo, que se encarama en los fierros, para ver de cerca a los ministros del pasado régimen bajando de los autos con sus esposas, todas decoradas y terneadas para la ocasión. Alguna de ellas saluda levantando la mano derecha; y la chusma eufórica le contesta con un «Viva Chile Pinochet». Allí todos están de acuerdo y festejan su complicidad en el ondear del trapo chileno que colorea el ambiente. Más bien casi todos, menos la chica desprevenida que cruza la calle luciendo su polera con el Che. Y ella va sin darse cuenta todavía porque las viejas la miran con cara de asco. Y luego la insultan y más allá la escupen y le dan carterazos, diciéndole ándate a Cuba, maraca marxista. Entonces ella se da cuenta de que está en medio de la jauría que quiere lincharla por usar ese símbolo. Apenas es una pendeja, pero atina enfrentando al grupo, diciéndoles que ella está en su barrio y se pone lo que quiere. Entonces la reacción del gentío es peor al saber que es una niña bien, pero que traiciona a su clase, llevando al guerrillero dibujado en su pecho. Ahí recién le baja el terror al ver la mirada de los muchachones nazis cargada de odio y morbosidad. Allí apura el paso para alcanzar la reja de su casa, pero un bofetón le quema la cara, y tambalea pero no cae, ni llora tratando de esquivar los arañazos y manoseos en ese callejón oscuro que amenaza destriparla. Y ahí mismo por suerte, los pacos que observaban indiferentes este alboroto, intervienen rescatándola, mientras apaciguan el odio ciego del fanatismo fascistón. Esa rabia deshumanizada del derechismo que al momento estalla en aplausos y vítores porque se aproxima la comitiva de Pinochet. En los altos edificios los tiradores vigilan atentos cualquier desliz, cualquier sombra ajena al jolgorio militar que pretenda empañar la ceremonia. En tanto, la chica con la polera del Che ha cruzado la reja de su casa y avanza por el amplio jardín. Y aún nerviosa cuando entra por la cocina, se prepara a recibir los retos de su familia, la reprimenda burguesa que le echa en cara su desatino al usar esa provocativa polera. Esa inocente polera que hasta ese día era un trapo más, pero ahora se ha convertido en su tierno baluarte, y al sacársela, la dobla cuidadosamente y la guarda como una bandera, mientras en la televisión se escuchan los sonos del himno nacional.

18. LOS SECRETOS DE LA NATURALEZA (O EL OPTIMISMO DEL SANTO REMEDIO)

Y tan viejos como el tiempo en que las culebras andaban paradas, los secretos de naturaleza subsisten en la medicina casera o la receta bruja que corre como un recado entre mujeres, entre viejas que promueven este otro saber, tan incierto y poco científico que la medicina tradicional mira con desdén los secretos curanderos de la farmacia doméstica.

Hay algo de magia, de ritual, de encomendarse a la fe ciega de estos tratamientos que como condición fundamental, exigen el rezo de alguna manda: «Si usted no cree, no lo haga»; «Dios sabe más y averigua menos»; «La fe mueve montañas», y otros clichés populares sustentan los hilos invisibles de esta medicina piñufla, que siempre acompaña como familiar pobre al científico saber. Así, los secretos de naturaleza despliegan su eficacia solamente en quien se entrega de

corazón al masaje del «sana, sana, potito de rana», y luego con la fe ciega como estandarte, usted verá aliviado su dolor. Al igual que la mano que se esconde con vergüenza ocultando esa enorme verruga, no hay mejor remedio que amarrar el grano con un crin de caballo hasta cortarlo y desaparece para siempre. Y si no resulta, pínchela con una aguja desinfectada y empape la sangre de la verruga con una miga de pan que luego tirará a los perros. Santo remedio. Y si usted sufre de ciática, y esos dolores de riñones no lo dejan sentarse, amarre a su cintura una lana de color rojo hasta que se alivie. Ahora que si usted sufre de calambres en las piernas por la noche, lo mejor es dar vueltas los zapatos con las suelas hacia arriba. Santo remedio. Si por desgracia, le viene una hemorragia nasal, tome la llave de la puerta y póngala en su hombro izquierdo si la sangre fluye por la fosa derecha; invierta el proceso si es al revés. Santo remedio. Si ese dolor de cabeza no lo deja pensar, recurra a las rodajas de papas pegadas en la frente, se verá como un extraterrestre, pero santo remedio. Ahora, si usted quiere echar a esa visita pegote que se instala todo el día en su casa, ponga la escoba detrás de la puerta con las ramas hacia arriba. Santo remedio. Y si desea que no vuelva más, sin que este paracaidista se dé cuenta, tírele tres veces sal por la espalda. Cuide que no la pillen porque usted puede quedar con un ojo en tinta. Para que los perros dejen de aullar en la noche, repita tres veces: «Santa Ana parió a María, Santa Isabel a San Juan, por estas cuatro palabras los perros se han de callar.» Santo remedio. Si su casa es un infierno, y desde la mañana empiezan los dimes y diretes, y las mochas y peleas no dejan vivir en paz a su familia, tome un ramo de palma bendita y la quema en las cuatro esquinas de su hogar, diciendo: «Que salga el mal y entre el bien como entró Jesús a Jerusalén.» Santo remedio. Si usted sufre por los pies helados, corte una plantilla de papel de periódico, empápela en mostaza y póngala en sus zapatos. Y si con esto le salen hongos, remójese los pies en orines frescos, y si persiste el mal olor, lávese las patas y no sea cochino. Santo remedio. Para que no le ojeen esa hermosa planta que usted cuida como guagua, amárrele al tallo una cinta roja. Ahora si usted tiene una guagua, que aunque sea fea no quiere que le causen mal de ojo, haga lo mismo, pero no le amarre la cinta al cogote porque la puede ahorcar. Si usted anda a patadas con el águila con el esquivo billete, ponga nueve granitos de trigo en su billetera. No se va a ganar el Kino ni el Loto, pero puede hacer una sopita de trigo en caso de apuro. Santo remedio.

En fin, son miles de cuentos terapéuticos y narrativas de la magia popular que se usan para apalearse el agresivo pasar de estos tiempos de la injusticia legalizada por el mercado. En todo caso, probando secretos de naturaleza nada se pierde, una cruz de palqui a la entrada de la puerta, o la cariñosa matita de ruda para verdear el porvenir, no son recetas tan caras, y aunque no cambian su vida en un ciento por ciento, mantienen la llama amarilla de la inocente fe, en el tierno augurio de soñar un milagro.

19. CHOCOLATE AMARGO

Paseando la tarde por Bellavista en compañía del fotógrafo Álvaro Hoppe, después de recorrer el tranco disparejo de sus veredas tibias por el relumbro añoso del ocaso, luego de evocar sin nostalgia el tiempo vertiginoso de los ochenta y la dictadura, cuando Hoppe sudaba la gota espesa del aire lacrimógeno sacando fotos en medio de la trifulca callejera. Justo cuando le pregunto con relajo democrático: «¿Extrañas la agitación peluda de aquellos días?» Y Alvaro casi no me alcanza a responder, por el vibrante aleteo de un helicóptero que zumba sobre nuestras cabezas y pasa directo al puente Pío Nono, donde una multitud de curiosa agitación se arremolina en las barandas del Mapocho, corriendo, cruzando la esquina con luz roja, empujándonos hasta el río lleno de pacos y patrullas aullando con el relámpago de sus linternas también rojas. Cientos de ojos mirando las aguas, gritando: Allá se ve. Allá viene flotando un zapato, un pie, una pierna, una mano y una cabeza que se asoma en la corriente mugrosa y luego se hunde en la bocanada del chocolate amargo. Es un hombre. Es un niño. No, es una mujer, dice el público cuando los bomberos y los pacos en un acto de rescate, sacan ese cuerpo lacio y lo suben al puente donde un improvisado equipo de salvavidas procura arrebatarlo a la muerte, dándole respiración boca a boca, estrujándole el pecho para que expulse el agua, subiéndole y bajándole sus brazos que se derrumban en la vereda exhaustos. Allá viene otro. Allá reaparece un momento como una marioneta que el agua baila, y pasa sumergido bajo el puente y todos nos trasladamos de baranda para ver el zangoloteo de un zapato infantil que lo chupa el caracolear del torrente. En la otra acera, la mujer ha muerto, y las mujeres policías, de traje pantalón, acordonan la escena con esas cintas de emergencia que encuadran el cadáver cubierto de plástico funerario. En la multitud, aglomerada en el puente, un ánimo festivo y cruel murmura: Esto se parece al 73. Gana premio quien descubre un muerto. Son saldos de las Torres Gemelas. A lo lejos los bomberos intentan detener los destartados bultos, que raudos, se pierden en la mortaja rizada del Mapocho. Y sólo entonces me acuerdo de que tengo que realizar un trámite, y me despido de Álvaro Hoppe, quien se queda un minuto más extasiado por el acontecimiento.

En la noche, al regresar a mi casa y prender la tele, la noticia apresurada no alcanza a ser conmoción, se la tragan los últimos comunicados desde Afganistán y la captura del psicópata que en el norte chileno asesinó a siete niñas. La voz, profesionalmente afectada de la conductora del TV noticias, dice que una mujer de nombre Nadia Retamal Fernández se arrojó a las aguas del Mapocho junto a sus dos pequeños hijos Daniela y Brian. Los tres habrían fallecido por inmersión. Vamos a una pausa comercial y continuamos con las noticias. Entonces un mareo de situaciones me nubla la pantalla, y creo haber percibido en la voz televisiva una condena moral sobre la decisión suicida de esta mujer, de aquel cuerpo desinflado que vi en la tarde y ahora conozco su nombre: Nadia Retamal Fernández, quizás joven, tal vez arrastrando un saco de penas que no la dejó titubear al momento de dar el salto. Y es posible que en ese último segundo quiso ver una ráfaga de futuro para detener el impulso. Un imaginario y tibio porvenir que cerrara la boca hambrienta de Daniela y Brian, sus hijos. Tal vez, en ese filo del abismo, no quiso escuchar los ecos del discurso presidencial, hablando del despegue

económico y las migajas económicas que la patria reparte a la pobreza. Quizás en ese fin de ruta, abrazó a sus niños y lo único que se llevó de ellos fue la nerviosa agitación de sus corazoncitos. Y es posible que cualquier juicio que se emita sobre el infanticidio que cometió esta mujer, no alcance a imaginar sus motivos y menos aún tocar su desesperanza, que como una bandera de naufragio, se hundió en la tarde ribereña un minuto antes de que el fulgor patrio ocultara el sol.

20. SYBILA ARREDONDO (O UNA CHILENA EN EL EXILIO PERUANO DE LA SOMBRA)

De ella poco se sabe en su destierro «al este del paraíso». Tampoco las cartas son aves bienvenidas para la brutal prohibición que tiene de leer o escribir en su mudo castigo. Cada año, el seco invierno limeño escarcha de polvo la pequeña cuenca enrejada de su ventana penal, amenazando derribar el temple de su pensar libertario. Pero ha pasado en manadas el tierral de las décadas y ella sigue sin volver, enjaulada en esa fría celda como un pájaro peligroso, mientras la eterna espera mutila el tedio de su orgullosa soledad. Y es que de siempre, Sybila fue así, ya de niña remarcada en el perfil de su desmelenado gesto, ya de joven fresca y en su alborotado afán de creer en un mundo justiciero y novelesco, ya de mujer cuando los verdes años le revoloteaban en las páginas de los libros, conviviendo con la literatura, alternando día a día con los grandes personajes que visitaban su casa. Los amigos de su madre, Matilde Ladrón de Guevara, escritora y yunta de Pablo Neruda con Matilde Urrutia. Tal vez por eso, la literatura fue un reino paralelo que espejeaba su cotidiano, un sueño de mundo posible, discursado en la lírica ebria de los poetas. Una utopía de mundo impulsada por los versos de Jorge Teillier, susurrados en su oído en los eructos del alba. Y así el amor la encadenó al corazón de ese joven sonámbulo de trenes, el lánguido poeta Teillier, un adolescente flacucho cargando pesados libros que contrapesaban el culebreo etílico de su pendejo vaivén. Y quizás, para Sybila, ese primer matrimonio enmarcó de rosas sepias su primer enlace con la literatura, cuando de tan jóvenes, las tardes de domingo campaneaban en los brindis con Enrique Lihn, y tantos amigos de la pareja que retozaban los almuerzos en la mesa del patio, en esas doradas tardes riendo y jugando con Sebastián y Carolina, los pequeños hijos que resultaron de esa florida pasión.

Algún eco de esas risas vuelve a retratar a la Sybila de ese tiempo, castaña y altiva con un chispazo de gallarda ética en su mirar risueño. Ese mismo gesto que descubrió José María Arguedas, el escritor peruano, cuando la conoció en una conferencia que vino a dictar en la Universidad de Chile. Por entonces, ya el matrimonio con Jorge Teillier había sucumbido y Sybila trabajaba en la Librería Universitaria, a un costado de la casa de Bello, por esa Alameda de marchas y mítines obreros, entre Arturo Prat y San Diego. «Por esa veredita de oro con luz de luna o de sol», llegaba José María a buscar a Sybila, bastante más joven que él, para pololearla con el fulgor mestizo de su bella pluma. Él ya era famoso y reconocido entre los grandes de las letras latinoamericanas. Pero junto a Sybila, al fuego vital de su indómita presencia, Arguedas se acurrucaba como un tímido zorro falto de cariño.

Así la pareja decidió anudar las cintas lacres de sus vidas en la dupla amorosa y americanista que desde ese momento embanderaría su destino. Juntos partieron a Lima donde establecieron su hogar y su trabajo cultural en la ciudad de los virreyes. Pero esa Lima de entonces, con calles de adoquines y «sonrisas con rubor», una ciudad tajeada por el crudo contraste social de indígenas a medio cubrir por los harapos y pituquines del embeleso limeño, los soberbios paseantes del Miraflores palogruoso y tradicional, esa clase que se sentía dueña del talento de Arguedas por haberle entregado las claves de la literatura occidental. Esos limeños de tez clara, descendientes del yugo español, nunca aceptaron que una chilena se casara con Arguedas, su mayor escritor, y menos que lo fuera politizando hacia lugares tan extremos que incluían la revolución armada y la confrontación social.

Y es que este país ya está confrontado, ya está escindido por la injusticia, le comentaba Sybila a José María mientras caminaban por los verrugosos callejones de la Lima criolla. Mira esta ciudad de esclavos y niñeras incas de uniforme, sirviéndoles el té a toda esa clase patricia de lisuras intelectuales y aristócratas, le repetía ella con una brasa de rabia en sus ojos de fuego azuceno. Aquí la gran masa de indios y pobres es humillada y explotada por unas cuantas familias burguesas. Tú eres un cholo, y sólo te aceptan como indio ilustrado.

Y no pasó mucho tiempo hasta que los pasos de Sybila se encaminaron junto a la bronca indigenista de la izquierda peruana. Eran épocas de nacimientos y desates armados, de guerrillas y brotes insurrectos en toda la América plebeya. Y Sybila se sumó a ese derrame como ayudista, correo y protectora de jóvenes, estudiantes y mujeres indígenas que militaban en el proscrito Sendero Luminoso. Una guerrilla con tendencia maoísta, el movimiento revolucionario más fuerte y numeroso organizado en Perú, y que durante mucho tiempo puso en riesgo la estabilidad conservadora de esa nación. Y fueron varios los personajes políticos e intelectuales que adhirieron a esa causa, principalmente del ámbito académico, de la Universidad de San Marcos en Lima, donde Arguedas ejercía su labor docente. El escritor, ya bastante mayor, y afectado de una oscura depresión, visitaba continuamente Chile para atenderse con la psiquiatra Lola Hoffman, pero aun así, nunca logró salir de ese negro pozo que más tarde lo llevaría al suicidio en la misma casa de Chosica que compartía con Sybila.

A la muerte de Arguedas, Sybila esperaba un hijo de un militante de Sendero, hecho afectivo y quizás compartido por José María, que el tribunal peruano utilizó suciamente en su contra cuando fue presa y condenada duramente por su participación en la guerrilla. Desde allí el cielo se nubló para Sybila Arredondo, condenada por traición a la patria, ya que ella había adoptado la nacionalidad peruana al casarse con Arguedas. Luego de varios años, la solidaridad de conocidos

escritores latinoamericanos que abogaron por Sybila, logró su libertad, pero pronto volvió a caer presa al descubrirse sus contactos con antiguos amigos de Sendero Luminoso. Sybila no supo entonces que era vigilada por los perros de la inteligencia militar y sin saberlo, contribuyó a la captura de varios senderistas.

Desde ese momento, tal vez por la dura represión que recibió Sendero Luminoso, su accionar se tornó más violento, más explosivo, al incendiar la sierra peruana con su senda dinamitera. Y en esa escalada suicida cayeron inocentes, muchos campesinos que fueron pasados por el paredón tras el paso acosado de la guerrilla. Y en Lima, los continuos bombazos dejaron una estela trágica de niños y mujeres reventados por la pólvora. Y sin duda, el glorioso movimiento maoísta que alguna vez hizo soñar a las multitudes proletarias e indigenistas, decepcionó incluso a muchos que en los inicios habían apoyado y participado de esa armada ilusión.

Por hoy, la suerte de Sybila Arredondo no ve futuro, ni siquiera cuando la presión de su madre ante el gobierno de Aylwin logró que Fujimori le concediera la expatriación a cambio de que ella renunciara a la nacionalidad peruana. Pero Sybila se negó y eligió prolongar su condena en esa polvorienta prisión de Chorrillos, cerca de Lima. Y ahí está todavía, su larga trenza nevada se ilumina de sol media hora cada día, el único tiempo que le permiten salir al patio para ver el sol, y en esos contados 30 minutos de vigilancia extrema, Sybila enseña francés y filosofía a sus compañeras de prisión. Pero el sol cruza fugaz, como un cometa navideño para ella, y luego la retorna a la oscuridad de su mazmorra, donde borda el silencio de su injusta relegación. Así transcurre su larga noche tras las rejas en el desolado paisaje de Chorrillos, esperando como una niña el regalo mezquino de esa tajada de sol que le otorga la justicia peruana. El tiempo lento se desplaza como una cuncuna enferma por el desierto horizonte que ven los ojos de Sybila envejecida, pero aún de pie, aún resistente tras los altos muros de esa cárcel para presos políticos de Perú, otro socavón sin alma donde la crueldad judicial deja amohosarse el esqueleto vivo de Sybila Arredondo; una flor cautiva, una amapola canosa, privada del mundo en ese mortal escalofrío de tinieblas y desamor.

NOTA: Sybila Arredondo fue liberada en el 2003, cinco años después de que se publicara por primera vez esta crónica en la revista Punto Final.

21. MI AMIGA GLADYS (EL AMOR A LA LIBERTAD ES IMPARABLE)

Desde qué lugar se podrá perfilar el peregrinaje de esta mujer, sobrevivida a las brasas históricas que aún humean el ocaso del pasado siglo. El tránsito biográfico de Gladys Marín por esta geografía, a veces toma el rumbo de una lágrima turbia que, en su porfiado rodar, fue marcando de lacre utopía el largo esqueleto del flaco Chile. Tal vez son varios los pasajes en la vida de ella que puedan activar su presencia en esta crónica, a modo de chispazos, de violentos y obligados traslados, de reclusiones, golpizas e instantáneas nómadas que, a pesar de su brusco acontecer, no marchitaron su enamorado ardor por la justicia y el desamparo de clase.

Quizás hay algo de frescor en la inagotable porfía de su discurso que reflota el sueño proletario en estos días de negociada transición. Algo de ella la perdura en el recorte primavero de aquella estudiante de provincia, que emigró a la capital para entrar a la Escuela Normal de Profesores, cuando todavía el mistraliano afán de la vocación pedagógica enamoraba niñas simples, muchachas sencillas deseosas de entregarse al simbolismo parturiento de la educación popular. Desde antes, las gloriosas feministas interceptaban el poder falocéntrico con sus discursos emancipatorios y panfletos militantes. Años jodidos para tantas mujeres que torcieron su destino doméstico, y en el desafío de la participación política liberaron su voz. Tiempos álgidos para una izquierda prófuga, fichada y abortada tantas veces por la exclusión. Días de borrasca para estas causas, siempre envueltas en la tensa demanda que encauzaba su tránsito de justicia social. «Su imparable amor a la libertad», siempre obstaculizado por los escollos conservadores y la rémora burguesa. Y ésa fue la atmósfera que enrioló el corazón de Gladys por la senda de un azaroso comunismo. El perseguido Partido Comunista de Chile, en el que tampoco era tan fácil para una mujer sumarse con dignidad a la biblia varonil de los próceres y al verbo del enérgico catecismo militante. Marchas, movilizaciones y plazas repletas de bravo pueblo eran el empuje de un multitudinario clamor. Y en esa apuesta, Gladys Marín se jugó la vida en verso y lucha, sangre y esperanza, represión y reacción armada; pulsiones populares bajo el cielo oprimido que alboraba el ilusorio tinte de un «rojo amanecer».

De todo aquello, quedaron restos de fogatas y fantasmales ecos que todavía resuenan en las manifestaciones callejeras del descontento. Sin embargo, en esos gritos, en esas consignas amortiguadas por el apaleo de la repre democrática, es en el único lugar donde la dignidad de la memoria anida inagotable. En esas explosiones de desacato, mujeres, estudiantes, jóvenes y obreros suman el sagrado derecho a la desobediencia, al desenfado con un gobierno que traicionó la adhesión popular que en el plebiscito le dio su apoyo. Aquellas movilizaciones que encabezó la izquierda en los ochenta, fueron el motor social que más tarde produjeron el cambio. El atentado a Pinochet nos hizo creer que el tirano no era invulnerable. Y fueron muchos lo que celebraron el desafío, por desgracia hoy esas figuras políticas, entonces de izquierda, en el traslado de estación se renovaron el pelaje. Los mismos que en el acomodo parlamentario se deshacen del ayer como si cambiaran de terno. Por cierto, tanta metamorfosis caradura no los sostiene, no sustenta sus discursos hermanados con el guante golpista. Cada gesto, cada visaje de coquetería con el amarre blindado de esta democracia, los caricaturiza, los desinfla fofos en la blanda papada de la negociada reconciliación.

Estas líneas adhieren cariñosamente a Gladys por cicatrices de género, por marcas de clandestinidad y exilio combatiente. Por ser una de las numerosas mujeres que capitalizaron ética en el rasmillado túnel de la dictadura y su fascistoide acontecer. Estas letras minoritarias se complicitan con ella en el develaje frontal del crimen impune y el mal aliento del tufo derechista que minimiza la tragedia. Pero acaso, bastaría con una sola imagen biográfica de Gladys. Tal vez visualizar su retrato de juventud, perseguida después del golpe, teniendo como telón de fondo la acuarela memorial del amado amante desaparecido, extraviado, perdido para siempre en la última imagen de ver pasar caminando la muda figura de Jorge frente a la embajada que a Gladys le había dado asilo. Y esa enorme distancia, ese abismo de vereda a vereda, esa zanja de apenas veinte metros, imposible de llenar por el tacto impalpable del abrazo imaginado, del abrazo pendiente, soñado mil veces en la noche inconclusa de la abrupta separación.

Tal vez bastaría con el aire de esa espera para concluir este texto, o para alargarlo hecho bandera de oxígeno, pañuelo de tantas causas de derechos humanos que esperan justicia y castigo a los culpables. El pasado y el futuro son presente en el río arterial de los pueblos, como un caudal subterráneo que corre sin freno, carcomiendo los andamios de la pirámide neoliberal. Pero más que aguas desbocadas que perpetúan una sola dirección, son voces, arrullos, gritos, discursos, como el de Gladys, que en su polifonía oprimida esperan llegar al mar.

22. SOLA SIERRA (O "UNO ESTÁ TAN SOLO EN SU PENAR")

Y fue hace tanto que la conocí, recién se había efectuado una gran marcha en el aniversario del Informe Rettig por la Alameda, repleta de organizaciones sociales, sindicatos y federaciones universitarias que apoyaban el mitin. Y en ese contexto el recién inaugurado Movimiento de Liberación Homosexual (Móvil) pidió autorización a los convocantes para sumarse al grito de la justicia. Pero tal vez por la inexperiencia política de los homosexuales y el oportunismo de un conocido militante, el ramillete de locas en procesión se había pintado y engalanado como si fuera a un carnaval. Todo el folclor maricueca se dio cita esa tarde de marzo para desfilarse por una Alameda vociferante que gritaba «justicia, justicia, queremos justicia». Por cierto, el grupo de homosexuales y travestis enfiestados era un claro contrapunto con los familiares de detenidos desaparecidos que sobriamente portaban en su pecho las fotos del dolor. Y era claro que la prensa convocada al acto se vio seducida por el zoológico coliza que distorsionaba la seriedad de la manifestación gritando: «Respeto-respeto-quirimos respeto.» Al otro día todos los diarios le dieron cobertura a la marcha homosexual que tapó con su escandalera la denuncia sobre la impunidad.

Por ese tiempo, yo escribía en la desaparecida revista Página Abierta, y ante la distorsión de publicidad que ocasionaron los homosexuales en la marcha del Informe Rettig, tal vez por cierta decepción que tenían las madres y familiares de detenidos desaparecidos con el incidente, la directora de la revista me propuso entrevistar a Sola Sierra para conocer su opinión. Así, una tibia mañana de otoño, me encaminé por la Alameda hacia Las Rejas, hasta el domicilio de Sola. Y después de recorrer calles y pasajes que caracolean las poblaciones del Santiago poniente, después de esquivar algunas patotas de volados que a esa hora se fumaban su «mañanero», luego de preguntarle a alguna vecina del barrio que regaba cardenales con una tetera, me encuentro frente a la sencilla casita de Sola, custodiada solamente por una pesada puerta de reja, que ella abrió con un tintineo de llaves. «Es por seguridad», me dijo. «Una nunca sabe qué puede pasar en este país.» Al entrar al pequeño living, observé la foto de su esposo desaparecido que coronaba la escena. Un conjunto de muebles simples, una radio, un televisor y algunos adornos multicolores y artesanales que seguramente ella había recibido de regalo. Ése era el habitar de Sola Sierra en este Santiago que tantas veces fue testigo de sus caminatas pidiendo justicia. En eso consistía su pequeño nido doméstico donde ella me invitó a sentarme, y luego de ofrecerme una taza de té, nos pusimos a conversar de la situación del país, del nuevo fraude para los derechos humanos llamado democracia, de la reciente marcha por el Informe Rettig y de lo apenada que estaba porque en esa fecha la prensa había utilizado la demanda homosexual para invisibilizar la causa de los detenidos desaparecidos. «Quisieron hacer risa de nuestro dolor», me dijo. «Nosotros con buena fe, aceptamos que los homosexuales se incorporaran a la marcha porque no estamos de acuerdo con ninguna discriminación. Pero después toda la prensa sólo mostró esa parte y a nosotros nadie nos entrevistó.» Un grave silencio se interpuso entre Sola y yo. Y sin saber qué contestarle, tuve la intención de darle explicaciones, decirle que no era culpa de los homosexuales, que la prensa era así, pero ya no importaba porque todo había pasado y poniéndome de pie, me dispuse a marcharme. «Ojalá que usted como escritor sea respetuoso de todo lo que le dije», me insistió antes de despedirme y cerrar la puerta de hierro que protegía su aflicción. Ya era mediodía cuando salí por el pasaje de Las Rejas, pensando que tal vez en el futuro no iba a necesitar preguntar por el domicilio de Sola, porque quizás ese pasaje llevaría su nombre.

Al pasar los años, muchas veces me encontré con ella en otras marchas, en otros actos, en múltiples lugares de Santiago donde era necesario aunar voces contra la violación de los derechos humanos. Nunca más conversé con ella del asunto, pero su notoria distancia con la cuestión homosexual se fue evaporando por la costumbre de encontrarnos tantas veces en lo mismo. La última vez que la saludé sentí en su mano un calor especial, cuando me dijo que le había gustado algo que yo había escrito. Y me quedó chispeando en el aire su risa cansada de activista pobladora. Me quedó sonando su último discurso en el estadio Nacional, que se alargaba demasiado y la cabrería de la galera empezaba a intranquilizarse. Entonces pensé, recordando la Sola de aquella lejana entrevista, qué manera de crecer esta mujer a lo largo de su lucha. Cómo fue que desde aquella simple señora que me recibió en su casa, ella se hizo tan grande como un discurso musicalizado por el eco de su constancia. Ahora, después de que la muerte temprana la invitó a dormir con su cuerpo agotado, cuando su

grandioso funeral quedó estampado en la retina patria, recién me entero de que a ella le gustaba el tango, cuando uno de los organizadores del homenaje que se le rindió en el estadio Nacional, me pidió que le escribiera algo, unas palabras, un verso, una pequeña carta-tango que nunca le llegó, que por algún imprevisto nunca se leyó en ese apoteósico acto. Pero no importa, aquí van en su memoria algunas rezagadas letras.

Y si era el tango la campanada musical que alegraba los ojos de nuestra Sola. Si era ese ritmo añejo lo único que lograba abrir la cortina enlutada de su corazón. Si en su pecho de pobladora, abuela, militante, ella supo cargar con amor el corazón disecado de tantos muertos, y en su batallar por la justicia, fue sembrando la ausencia de esos nombres en el jardín pisoteado de la patria. Si la historia la eligió como era, con esa sencillez de provincia, con esa infatigable porfía de llevar a los desaparecidos anclados en su memoria. Aquí y ahora, junto a todos los que faltan, invocamos tu nombre Sola Sierra para flamarlo como una bandera contra el silencio. De aquí y para siempre, brillarán como estrellas las cuatro letras de tu nombre. Eternamente Sola, pero nunca más solitaria, querida amiga, porque la ética de tu presencia en nuestra historia será el abrazo generoso a todos los oprimidos, a todos los hambrientos de justicia. Pero más que nada, a la sombra extraviada de nuestros desaparecidos, a quienes el crimen oficial les quebró la voz.

23. CARTA PARA ANDRÉS (O "TU SILENCIO YA ME DICE ADIÓS")

Y quizás más allá de la última nube que oscureció el cielo de tu ocaso, me atrevo a escribirte sin saber realmente dónde volarán estas letras preñadas de vacío. Porque ya no estás, porque va no vuelves, porque decir nunca más, querido Andrés, resulta tan inútil como imaginarte nuevamente pintando la ciudad con el campanear tecnicolor de tu teatro circo. Por eso te escribo, tal vez desde aquella última vez que me encontré con Rosita Ramírez en el hospital San José, en esos pasillos fétidos a cloroformo y desinfectantes, y al preguntarle cómo estabas, una sombra gris entristeció el optimismo de su respuesta. Está un poco mejor, le escuché decir, y después de dejarte una breve nota, me fui más tranquilo pensando que aún teníamos Andrés Pérez para rato, que por fin habías logrado burlar la siniestra mano de la plaga que se llevó a tantos amigos nuestros. Quise pensar que pronto volvería a encontrarte recuperado y sonriente, porque no era justo que te fueras en la plenitud creativa de tu juventud. Pero no fue así, y un día, un telefonazo nos abofetea la dorada mañana de tu despedida. Y sin creerlo todavía, asistí como un espectador más al teatro Providencia, donde, se presentó como una obra póstuma el montaje carnavalero de tu alegre funeral. Pero a pesar de tanto público que llenaba la sala, esforzándose por transformar la tristeza del sepelio en homenajes festivos, a pesar de que en el escenario relampagueaban las coronas, los inciensos, y es taba presente el arcoíris piojo de tu estética escenográfica, a pesar de la manga de travestis que llegó a las tres de la mañana para homenajearte con la música de Madonna y el famoso «Resistiré», de Gloria Gaynor, a pesar de las plumas y el retumbar de los tacoaltos maricuecas que hacían tambalear el ataúd con la fiebre disco, a pesar de todo eso, querido, una honda pena marchitaba la pirámide de rosas rojas, claveles amarillos y azucenas lagrimeras donde tú eras aquella noche la Cleopatra dormida de su teatral reino. Difícil resulta contarte cómo fue todo aquello; el desfile de figurines de teleserie con gafas oscuras que llegaban derramando una lágrima cosmética por la partida del genial maestro. Después un choclón de políticos que entre pésame y pésame, cacareaban con sus celulares colgados a la oreja. También creí ver algún representante del gobierno que traía los saludos presidenciales con un dejo de remordimiento. El texto, tus amigos, tus amores, tus admiradores, brindamos embriagados por la tristeza hasta que llegó el alba con su equipaje de colores. Nada más, ninguna música de circo que alterara la rutina aburrida de este caluroso Santiago. Ni siquiera tu rostro estampado en las portadas de los diarios podía revivir el carnaval patiperro de tu inagotable fiesta. Por eso, al nombrarte me cuesta tanto escribir nunca más.

24. HACER COMO QUE NADA, SOÑAR COMO QUE NUNCA (ACERCA DEL VÍDEO "LA VENDA" DE GLORIA CAMIROAGA)

De frente, el rostro testimoniado en la pantalla de este grupo de mujeres que lograron sobrevivir al subterráneo del horror, es apenas el porcentaje oral que en el murmullo nervioso del relato, intenta dar cuenta de la ciénaga oscura donde fueron sumergidas aquellos días tan difíciles de recordar, pero al mismo tiempo, indelebles en algún lugar donde la memoria cobija su humillado ardor. Y esta dualidad que hace pestañear intermitente la zona crispada del recuerdo, parece ser la única entrada a cierta intimidad temblorosa, aún sobresaltada en la vocalización confesional del video testimonio. Tal vez el registro de estas conversaciones multiplique una sumatoria de voces que durante muchos años guardaron estos hechos calladamente, como quien se niega a reconocer en sí misma la brutal evidencia. Como quien no quiere sentir nunca más el roce del guante militar que timbró sus carnes con los hematomas dactilares del sello patrio. Como quien por fin deja traslucir ante una cámara el triste emblema amoratado de sus llagas, que emergen una y otra vez desde las tinieblas para documentar la historia no contada de la tortura en este país. La historia traspapelada del vejamen oficial que no aparece evaluada en ningún juicio. La historia mordida, aún amordazada por la indiferencia y el trámite democrático.

Habría que decir mil veces esto ocurrió, esto pasó en algunos barrios, cerca de aquí mismo, frente a la placita donde un abuelo les da de comer a las palomas. Cerca de la iglesia donde un curita, bien peinado, hace gárgaras por la reconciliación. Más allá del kindergarten, donde el mismo torturador despide a su niño con un beso sucio en la mejilla. En esa misma casa, tan igual a otras casas con olor a peste que rezuma desde el subterráneo. Casas de familia, vecinas de esas otras moradas

del espanto, donde se amohosan los enchufes que evocan la náusea de un indefenso escalofrío. Murallas silenciosas, bambalinas rasguñadas donde incluso aún se pueden leer rayados de «Lagos a la presidencia».

Esto ocurrió bajo este cielo que pinta de cochino azul su monserga de hermanos. Esto ocurrió a los pies de la cordillera tan blanca, tan orgullosamente blanca y pálida como un muerto. Esto ocurrió, y pareciera que con decirlo no se dice nada. Pareciera que en este aire renovado, estos testimonios desmembrados por la evocación se adosaran a un deletreo ficticio que amortigua, blanquea y despolitiza la costra húmeda de su memoria. Esto ocurrió, fue tan cierto como lo gritan empañados estos ojos femeninos en el video. Fue cierto, y a quién le interesa si medio país aún no cree. Medio país prefiere no saber, no recordar alguna noche que en la casa vecina una garganta de mujer trinaba a parrillazos los estertores de su desespero. Medio país se resiste a creerlo, y quiere dar vuelta la página, mirar al futuro, hacer como que nada, soñar como que nunca. Medio país sabe porque no quiere saber, porque se hace el lesa. Y aunque duela decirlo, la cercanía compinche llamada compatriotas, la complicidad familiar de una esposa, hermana o madre que oculta a su hijo torturador, la complicidad cultural extasiada por el arte esos días de trapo negro, la farra incestuosa de la televisión y la prensa miliquera brindando con la borra fascista; todo eso tejió la venda de individualismo que le dio visa de ciudadano legal al monstruo torturador.

Lo que muestra el video, es lo que se puede mostrar oralizado por las voces desnudas de sus protagonistas. Apenas un retazo menstruado en el vacío abyecto de su narración. El resto, lo que sigue o lo que queda, ninguna emoción solidaria puede ahondar en el descalabro de estos hechos, sin volver a mirar al país simuladamente democratizado en que se vive, sin volver a sentir qué parte importante de su población, por miedo, inseguridad o indiferencia, se tapó los oídos, cerró los ojos y asumió la venda como reemplazo a un cielo arañado por los ecos huérfanos de su torturada contorsión.

De “Loco afán: crónicas de sidario” (Santiago de Chile, LOM, 1996)

25. MANIFIESTO (HABLO POR MI DIFERENCIA)

No soy Pasolini pidiendo explicaciones
No soy Ginsberg expulsado de Cuba
No soy un marica disfrazado de poeta
No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
Me apesta la injusticia
Y sospecho de esta cueca democrática
Pero no me hable del proletariado
Porque ser pobre y maricón es peor
Hay que ser ácido para soportarlo
Es darle un rodeo a los machitos de la esquina
Es un padre que te odia
Porque al hijo se le dobla la patita
Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro
Envejecidas de limpieza
Acunándote de enfermo
Por malas costumbres
Por mala suerte
Como la dictadura
Peor que la dictadura
Porque la dictadura pasa
Y viene la democracia
Y detrasito el socialismo
¿Y entonces?
¿Qué harán con nosotros compañero?
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos
con destino a un sidario cubano?
Nos meterán en algún tren de ninguna parte
Como en el barco del general Ibáñez
Donde aprendimos a nadar
Pero ninguno llegó a la costa
Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas

Por eso las casas de caramba
Le brindaron una lágrima negra
A los colizas comidos por las jaibas
Ese año que la Comisión de Derechos Humanos
no recuerda
Por eso compañero le pregunto
¿Existe aún el tren siberiano
de la propaganda reaccionaria?
Ese tren que pasa por sus pupilas
Cuando mi voz se pone demasiado dulce
¿Y usted?
¿Qué hará con ese recuerdo de niños
Pajeándonos y otras cosas
En las vacaciones de Cartagena?
¿El futuro será en blanco y negro?
¿El tiempo en noche y día laboral
sin ambigüedades?
¿No habrá un maricón en alguna esquina
desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?
¿Van a dejarnos bordar de pájaros
las banderas de la patria libre?
El fusil se lo dejo a usted
Que tiene la sangre fría
Y no es miedo
El miedo se me fue pasando
De atajar cuchillos
En los sótanos sexuales donde anduve
Y no se sienta agredido
Si le hablo de estas cosas
Y le miro el bulto
No soy hipócrita
¿Acaso las tetas de una mujer
no lo hacen bajar la vista?
¿No cree usted
que solos en la sierra
algo se nos iba a ocurrir?
Aunque después me odie
Por corromper su moral revolucionaria
¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?
Y no hablo de meterlo y sacarlo
Y sacarlo y meterlo solamente
Hablo de ternura compañero
Usted no sabe
Cómo cuesta encontrar el amor
En estas condiciones
Usted no sabe
Qué es cargar con esta lepra
La gente guarda las distancias
La gente comprende y dice:
Es marica pero escribe bien
Es marica pero es buen amigo
Súper-buena-onda
Yo no soy buena onda
Yo acepto al mundo
Sin pedirle esa buena onda
Pero igual se ríen
Tengo cicatrices de risas en la espalda
Usted cree que pienso con el poto
Y que al primer parrillazo de la CNI
Lo iba a soltar todo
No sabe que la hombría
Nunca la aprendí en los cuarteles
Mi hombría me la enseñó la noche

Detrás de un poste
Esa hombría de la que usted se jacta
Se la metieron en el regimiento
Un milico asesino
De esos que aún están en el poder
Mi hombría no la recibí del partido
Porque me rechazaron con risitas
Muchas veces
Mi hombría la aprendí participando
En la dura de esos años
Y se rieron de mi voz amariconada
Gritando: Y va a caer, y va a caer
Y aunque usted grita como hombre
No ha conseguido que se vaya
Mi hombría fue la mordaza
No fue ir al estadio
Y agarrarme a combos por el Colo Colo
El fútbol es otra homosexualidad tapada
Como el box, la política y el vino
Mi hombría fue morderme las burlas
Comer rabia para no matar a todo el mundo
Mi hombría es aceptarme diferente
Ser cobarde es mucho más duro
Yo no pongo la otra mejilla
Pongo el culo compañero
Y ésta es mi venganza
Mi hombría espera paciente
Que los machos se hagan viejos
Porque a esta altura del partido
La izquierda tranza su culo lacio
En el parlamento
Mi hombría fue difícil
Por eso a este tren no me subo
Sin saber dónde va
Yo no voy a cambiar por el marxismo
Que me rechazó tantas veces
No necesito cambiar
Soy más subversivo que usted
No voy a cambiar solamente
Porque los pobres y los ricos
A otro perro con ese hueso
Tampoco porque el capitalismo es injusto
En Nueva York los maricas se besan en la calle
Pero esa parte se la dejo a usted
Que tanto le interesa
Que la revolución no se pudra del todo
A usted le doy este mensaje
Y no es por mí
Yo estoy viejo
Y su utopía es para las generaciones futuras
Hay tantos niños que van a nacer
Con una alita rota
Y yo quiero que vuelen compañero
Que su revolución
Les dé un pedazo de cielo rojo
Para que puedan volar.

NOTA:

Este texto fue leído como intervención en un acto político de la izquierda en septiembre de 1986, en Santiago de Chile.

26. LA QUINTRALA HECHA CUMPEO (O "RAQUEL: LA SOBERBIA HECHA MUJER")

Y fue hace tanto que vi a Raquel jovencísima animando una fiesta mechona de estudiantes universitarios. Y por allá entonces, no era tan parada en la hilacha y pasaba como una modelo más que locuteaba esas veladas juveniles del setenta. Ciertamente Raquel de pendeja era bella, pero de esas rucias que se saben bonitas y desde chicas las amononan con cintas y almidones los domingos, prohibiéndoles que jueguen con tierra, se sienten en el suelo, ensucien el vestido con dulces, o se junten con esas cabras piojentas que les pueden pegar los bichos en el pelo dorado; su precioso pelo color miel, lavado con manzanilla para que no se oscureciera.

A Raquel de pequeña la convencieron, con arrumacos y mimos, que había nacido para princesa, condesa o duquesa, en un país equivocado donde la gente es fea y ordinaria. Desde niñita le hicieron el mal de floretarle tanto el ego, pellizcándole tanto sus cachetes de guagua linda, que la afearon con su mueca de orgullo y soberbia que lleva hasta hoy, como un asco social en su boca fruncida de irónica muñeca vieja. Y debió ser que ella se creyó demasiado los halagos por sus ojos verdes y su cuerpo de diosa. Tal vez por eso delineó su vida entre encajes, rulos postizos y modas de pasarela. Por eso llegó a la tele de modelo al programa Sábado Gigante de Don Francisco. Y fue allí donde saltó a la fama cuando chantó al animador que quería verla «mover la colita». Y Raquel en cámara, le dijo que no, descolocando al gordo acostumbrado a payasear con las modelos. Le dijo: no Don Francisco, yo no voy a hacer el ridículo como usted. Y eso bastó para que Raquel saliera con viento fresco del programa, pero también le sirvió para ganarse la fama de haber sido la única que puso a Don Francis en su lugar. Sin duda, esa estrategia le sirvió para que las revistas pitucas la fotografiasen en portada, le dieran pega de maniquí, y por último la llevaran de candidata al concurso Miss Universo. Pero ahí no pasó nada con la belleza egoísta de Raquel, y regresó diciendo: que cómo iba a ganar, si las otras llevaban modistos, peluqueros y chaperonas hasta para lavarles las patas. Cómo iba a ganar, si este país era tan picante que la habían mandado sola, sin maquillador, y al separarse las pestañas con un alfiler, se había pinchado un ojo y tuvo que desfilarse con el ojo colorado como un conejo.

Mientras rodaban los años en el Chile aporreado de los milicos, cuando la burguesía quería tapar lo que pasaba con galas fufurufas y pompones fascistas. Cuando la propaganda de la dictadura encontraba eco en esas revistas cuché «para gente linda», ahí estaba la Raquelita sumando su pretensión a ese entablado aristócrata amigote del fascismo. Allí era la esfinge de hielo para los yuppies atontados por su altanera elegancia. Era la más regia, la más top, la más chic de las mujeres chilenas que miraba sobre el hombro al país, apoyada solamente en su frágil hermosura. Y cuando ella llegaba, con su obeso maquillador llevándole la cola, todos los cuicos murmuraban: es ella, Raquel, lo más distinguido que ha dado este país cuma. Es ella, Raquel, la soberbia hecha mujer.

Y no pasó mucho tiempo que el modelo respingón de esta niña con aires de patrona, fue propuesto para interpretar a la legendaria Quintrala en una serial de la teve. Y Raquel, cachando que toda su vida cobraba sentido en la arrogancia despiadada de ese personaje, lo aceptó, pensando que era tan fácil como interpretarse a sí misma, que ni siquiera debía actuar para convencer a medio Chile que ella era la Quintrala actual, y así pasaría a la historia poniéndole su cara y su modo mandón a esa vieja de la Colonia. Y quedó pintada para la memoria nacional, alterando el retrato verdadero con su desdén de liceana mañosa.

En ese tiempo, era extraña la popularidad de Raquel para la gente sencilla que la admiraba por su desplante, pero nunca le entregó su cariño. Ni siquiera cuando campanearon los carillones reales de su boda con un taquillero piloto Fórmula Uno, y toda la realeza chatarra de Santiago fue invitada, hasta el propio Pinochet, que por amurrado la dejó esperando. Tal vez, por todas estas galas fétidas de la elegancia, la gente humilde nunca la quiso, ni siquiera cuando años más tarde se separó del marido tuerca, y ella con la misma altivez declaró que si la odiaban era por envidia, que si hablaban de ella, las críticas le resbalaban por su capa de Giorgio Armani.

Llegados los noventa, se volvió a casar, retirándose de la farándula a una vida rural en el campo chileno. Ya cuarentona, es difícil calzar con la juvenil tele democrática, es humillante volver de animadora después de haber soñado un reino. Luego de haber sido la mujer símbolo de una década fatal, donde el figureo televisivo blanqueaba la masacre en el glamour sangrado de los ochenta. Para la memoria, las fotos de Raquel en medio de ese jet-set revisteril, reaccionario y clasista, documentan en doble faz la mejilla empolvada del estelar, tapando la otra cara tiznada de un fúnebre país, un triste país que veía desfilarse los monigotes famosos en la vitrina burlona al compás de la cueca uniformada.

Quizás, su última intentona por volver dignamente a los titulares fue en la pasada elección de alcaldes. Raquel se postuló por el perdido rancherío donde vive. Tal vez, usando la evocación de la Quintrala, quiso hacer verdadera la ficción televisiva, pensando que los huasos eran tan tontos, que ella podría manejar ese pueblo como Scarlet O'Hara en su hacienda negrera. Y fue casa por casa, rancho por rancho, cazando votos para su candidatura. Incluso eligió a una reina lugareña y le prestó el vestido metálico que usó para animar el Festival de Viña. Ese conocido traje de Raquel, que pesaba diez kilos de lata dorada, simbolizando el boom económico de la yupimanía a fines de los setenta.

El día de la elección, Raquel llegó a votar en una carroza vestida de terrateniente, pero los huasos ni se inmutaron, nunca los convenció esa señora extraña y llena de humos. Por eso no la eligieron alcaldesa; para ellos, Raquel sería siempre una hermosa dama envuelta en la frivolidad de la moda, nunca una mujer política.

Es posible que Raquel, tan preocupada del jet set criollo, nunca supo ganarse el afecto popular que no la pasa, que no la quiere, y le devuelve su arribismo derechista al verla ya ajada por su inútil maña de realeza en estos "campos bordados de púas". Pero igual ella quiere ser alcaldesa, Quintralesa, condesa o duquesa. Obtener un título de nobleza que por último rime elegante con tonta lesa.

27. DON FRANCISCO (O "LA VIRGEN OBESA DE LA TV")

Redondeado por el sopor de la tarde sabatina, el mito burlón de Don Francisco recrea el lánguido fin de semana, el opaco fin de semana poblacional que, por años, solamente tuvo el escape cultural de Sábados Gigantes. El día chillón del verano haragán, el polvo seco de la calle sin pavimentar y la tele prendida, donde el gordo "meneaba la colita" al ritmo de la pirula.

Desde los años sesenta, el joven y espigado Mario, vislumbró éxito futuro en el tanto por cuanto del metro de tocuyo en su negocio de Patronato. Desde ese manoseo monetario del ahorro y la inversión ventajosa, hizo pasar a todo un país por la treta parlanchina de su optimismo mercante. Es decir, reemplazó el mesón de la negocia trapera por el tráfico de la entretención televisiva, la hipnosis de la familia chilena, que cada sábado, a la hora de onces, espera al gordo para reír sin ganas con su gruesa comicidad. Así, Don Pancho supo hacer el mejor negocio de su vida al ocupar la naciente televisión como tarima de su teatralidad corporal y fiestera. Con increíble habilidad, impuso su figura regordeta, antitelesiva, en un medio visual que privilegia el cuerpo diet. Contrabandeando payasadas y traiciones ladinas del humor popular, nos acostumbró a relacionar la tarde ociosa del sábado con su timbre de tony, con su cara enorme y su carcajada fome, que sin embargo hizo reír a varias generaciones en los peores momentos.

Quizás, su famoso talento como estrella de la animación, se debe a que supo entretener con el mismo cantito apolítico todas las épocas. Y por más de veinte años vimos brillar la sopaipilla burlesca de su bufonada, y Chile se vio representado en el San Francisco de la pantalla, la mano milagrosa que regalaba autos y televisores como si les tirara migas a las palomas. Manejando la felicidad consumista del pueblo, el santo de la tele hacía mofa de la audiencia pulguienta ansiosa por agarrar una juguera-radio-encendedor-estufa-, a costa de parar las patas, mover el queque, o aguantar las bromas picantes con que el gordo entretenía al país.

Tal vez, la permanencia de este clown del humor fácil en la pantalla chilena se debió a que fue cuidadoso en sus opiniones contingentes y supo atrincherarse en el Canal Católico, además su programa siempre tuvo el apoyo de la derecha empresarial. Aun así, aunque Don Francisco reiteradamente evitó los temas políticos, hay gestos suyos que pocos conocen y que harían más soportable su terapia populista. Se sabe que en los primeros días después del golpe, ayudó a un periodista que entonces era perseguido por los militares. Tal vez, esto que alguna vez ha reconocido públicamente, haga más digerible su insoportable chacra, pero no basta para el Vía Crucis de la Teletón. Esa odiosa teleserie de minusválidos gateando para que la Coca Cola les tire unas sillas de ruedas. No basta la emoción colectiva, ni la honestidad de las cristianas intenciones, ni el sentimentalismo piadoso para justificar la humillación disfrazada de colecta solidaria. No basta la imagen del animador, como virgen obesa con la guagua parapléjica en los brazos, haciéndole propaganda a la empresa privada con un problema de salud y rehabilitación que le pertenece al Estado. Con este Gran Gesto Teletónico, el país se conmueve, se abuena, se aguachan sus demandas rabiosas. Y el "Todos Juntos", funciona como el show reconciliador donde las ideologías políticas blanquean sus diferencias, bailando cumbia y pasándose la mano por el lomo con la hipocresía de la compasión. Porque más allá de los hospitales que se construyen con el escudo de la niñez inválida como cartel, quien más gana en popularidad y adhesión es el patrono del evento. El sagrado Don Francisco, el hombre puro sentimiento, puro "chicharrón de corazón", el apóstol televisivo cuya única ideología es la chilenidad, y su norte, la picardía cruel y la risotada criolla que patentó como humor nacional.

A lo mejor, en estos últimos años de desengaño democrático, si había que exportar un producto típico chileno, que no fuera el Condorito, pasado de moda por roto y derrotista, ahí estaba Don Francis: sentimental, triunfador y chacotero. Si había que instalarlo en algún escenario, no cabía duda que el mejor era Miami y su audiencia sudaca y arribista. Al resto del show, sumarle el gusaneo cubano y su hibridez de hamburguesa gringa y salsa trasplantada, allegada, paracaidistas de visita siempre, pero igual se creen yanquis con sus pelos teñidos, sus grasas monumentales y su vida fofa del carro al mall, del mall al surfing, y del beach al living room, con bolsas de papas fritas, pop corn, pollo chicken y litros de Coca Cola, para ver al chileno gracioso, que cada tarde de sábado reparte carnaval y electrodomésticos a la teleaudiencia latina. Y no cabe duda que en estos trópicos se ha hecho insustituible, aunque ya no está con su yunta del humor, el cómico Mandolino, a quien dejó botado con su disfraz de vagabundo en las palmereadas costas de Florida. Pero eso no le preocupó a Don Francis, tampoco la querrela por acoso sexual que le puso una modelo. El salió libre de polvo y paja y ella quedó como mentirosa, tonta y oportunista. En fin, dígame lo que se diga, Don Francisco equivale a la cordillera para los millones de telespectadores

del continente que lo siguen, lo aman, le creen como a la virgen, y ven en la boca chistosa del gordo una propaganda optimista de país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile.

28. CECILIA BOLOCCO (O "BESOS MEZQUINOS PARA NO ESTROPEAR EL MAQUILLAJE")

Y fue durante el reinado de Pinochet, cuando a Cecilia la coronaron Miss Universo. Y Chile por fin respiró tranquilo, por fin le había achuntado a un título mundial de belleza, después de tanta decepción con las niñas lindas que se mandaban. Todas rubias, todas estiradas como jirafas flacuchentas del Villa María o las Monjas Inglesas. Todas bellas y fruncidas con esa mueca de asco que tiene el riquero. Todas con la mandíbula caída diciendo: mi nombre es Pía Lyon y represento a Chile. Estoy en contra del divorcio, me gustan mucho los niños, soy apolítica, admiro a la madre Teresa de Calcuta y al Papa Juan Pablo Segundo. Muchas Gracias.

Así, por años para el mundo, la mujer chilena fue ese esqueleto vestido de huasa, aireando su altivez con la banda tricolor en las pasarelas. En cada elección de Miss Mundo o Miss Universo, veíamos partir a las niñas de la revista Paula con su chaperona y el modisto llevándole en el ajuar el traje típico inspirado en La Tirana, o el vestido pascuense con plumas de ganso que sofisticaba la totora isleña. Se iban tirando besos mezquinos para no estropear el maquillaje preciso, para decir lo justo, y representar con clase la belleza hipócrita de la burguesía chilena. Así mismo las veíamos regresar, afeadas por la pica de la derrota, declarando que habían perdido dignamente, que nunca habían aceptado invitaciones fuera de concurso, que se acostaban muy temprano con las gallinas, que tal vez esa chula venezolana había ganado porque le hacía ojitos al animador. Y la negra quedó finalista porque se arrancaba en las noches con un jurado. Y esa china que salió Miss Simpatía, para qué hablar pos oye.

El caso de Cecilia Bolocco no fue la excepción, ya que su belleza aguachenta era similar a la de las misses anteriores. Pero de tanto insistir con esa imagen de barbie sin drama, de tanto copiar el modelito castaño claro, seminatural, casi saliendo de la ducha, y sin opinión política. Sobre todo eso, le machacaba la chaperona a la Ceci en las entrevistas. Ni hablar de la situación de Chile que, por esos años, se peleaba a bombazos su vuelta a la democracia. Menos opinar sobre el aborto y esos horrores que discuten las feministas. Porque una reina no tiene opinión, solamente habla de las bondades de su tierra: del clima, del paisaje, de los copihues, del vino y sus lindas mujeres. Todo en orden, todo tranquilo gracias al gobierno militar.

Al parecer, Cecilia se aprendió bien la lección, fue el resumen de todas las chilenas pitucas que desfilaron sin éxito en la pasarela dorada. Más bien, la eligieron Miss Universo de cansancio. Y ella hizo el teatro de la emoción cuando escuchó su nombre, cuando derramó una lágrima, sólo una lágrima que se congeló en su mejilla empolvada como homenaje a la cordillera. Y con la corona chueca, su voz quebrada dibujó un Viva Chile en el beso palomero que le mandó a la dictadura, al tiempo que se inundaba de nostalgias quincheras.

De regreso al país, lo primero que hizo fue visitar al dictador que la recibió en palacio retratándose con ella como emperador y soberana. Y todos vimos a nuestra Miss Universo acaramelada posando con Augusto. Y todos sentimos la misma decepción al verla tan sonriente avalando la pesadilla de aquel mandato. Y todos la olvidamos, borrando de un aletazo la alegría patria que experimentamos la noche de su triunfo.

Los años pasaron, llegó la democracia y Cecilia se fue a Estados Unidos donde la contrataron para hacer televisión. Vino la Guerra del Golfo y ella apareció por la CNN narrando con simpatía el vuelo de los cadáveres destrozados en el aire. Como si contara una película, su acento Miami describió fríamente el horror de esas escenas negadas por la cadena de TV. Ahí supimos que nuestra reina había dejado atrás la timidez del colegio de monjas, se veía más segura hablando con ese timbre de cubana exiliada. Incluso filmó una teleserie para el mercado latino; un culebrón sensiblero donde hizo de una regia malvada que tanto humilló a la pobre y sencilla Morelia.

Actualmente, en el devenir político de los acontecimientos, se ve bastante cambiada animando la tontera chistosa de la pantalla chilena. Pareciera otra, compartiendo las tallas sin gracia de los humoristas de turno. Seguramente, a la Ceci no le quedó más que hacerse la popular para que la gente olvidara la reaccionaria adhesión que manchó su reinado. En todo caso, su tiempo de soberana se terminó, igual que la dictadura, y la corona de reina sigue esperando a esa mujer, ni tan alta, ni tan espigada, que en algún rincón de este suelo, sus negros ojos tristes bordan la tarde con su anónimo pasar.

29. NOCHE DE TOMA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE (O "ME GUSTAN LOS ESTUDIANTES")

Y si a uno lo invitan a sumarse a la toma de la U., la catedral del saber, donde tantos piojos no pudieron entrar por falta de money, y tuvieron que mirar desde la vereda del frente la vida universitaria, la vida joven echada a pata suelta en los jardines académicos. Sobre todo en la Facultad de Humanidades, la inútil casa del pensamiento, dicen los que quieren

transformar la educación en un negocio rentable, una productora de técnicos y economistas que sigan las huellas del jaguar. "Gente decente, de pelo corto y sin complicaciones existenciales como necesita este país. No como esa patota de universitarios inclinados a las letras, las ideas o el arte". Los mismos que han provocado este sismo grado ocho en la casa de Bello, la manga revoltosa que dio el espilonazo para que renuncie el rector, el mismo que fue elegido el noventa y se repitió el plato el noventa y cuatro, y si los cabros no hubieran atinado con esta paralización, capaz que perpetúe su mandato el noventa y ocho. Por eso, y para moverle el piso a esta momia y su camarilla conservadora, acepté la invitación. Que si me llaman voy, me dije, a pasar una noche con los chicos del cambio, a leer mis letras sucias y a cantar con ellos las mismas canciones de la rebeldía, con o sin causa, da lo mismo, pura pasión, puro deseo, y eso es lo único que queda cuando las ideologías están al servicio del poder de turno. Total, la razón en estos sistemas es comprable, transable y la tiene quien argumenta mejores razones pragmáticas. Por eso estuve con ellos y con La Batucana animando el paro, salpicando con versos y crónicas la noche pendeja que se hizo corta copuchando y tomando sopa. Riendo y coqueteando con los pendex bellos que compartían la seducción del canto a través del guitarreo, los pendejos y pendejas que defendían fieros las rejas de entrada, pidiendo documentos por si se colaba un sapo, tomándose este Resto de independencia tan en serio, que a las cuatro de la mañana renovaban la guardia y los turnos bostezando, muertos de cansados por la vigilia de la resistencia. Con tanto empeño, que se daban tiempo para ponerse melancólicos, con las canciones de Silvio, con los himnos y amores de estudiantes detrás de alguna barricada. "Tú te acuerdas, tú escuchaste de esa histórica marcha para que se fuera Federici". Y entonces, a puro paro, a puro café y alguna garrafa de vino navegado que pasó clandestina por la complicidad de los chicos de guardia, tiritando en la portería. Chicos, que les cuesta ser guardias, y a escondidas se tomaron su copete esa noche para mantener poéticamente los ojos abiertos y las patas calientes con el vino navegado. Y ay que noche, qué síntoma de soñar despiertos la ilusión marina de un abordaje en sus ojos cansados, trasnochados de utopía dulce. Qué noche memorable viví con los chicos de la U., cantando sus slogans de Universidad libre, Universidad para todos, Universidad para el que sufre, total en el pedir no hay engaño. Y si se trata de soñar, qué importa, soñemos lo imposible. El resto, fue esperar que la cordillera recortara su lomo en el clarear de la amanecida, a esa hora, cuando el frío escarcha la mirada de los estudiantes en paro, los bellos estudiantes que le dan una lección de dignidad a este país, en la trinchera de su exaltado desacato.

30. EL RÍO MAPOCHO (O "EL SENA DE SANTIAGO, PERO CON SAUCES")

En verano parece una inocente hebra de barro que cruza la capital, un flujo de nieves enturbiadas por el chocolate amargo que en invierno se desborda, desconociendo límites, como una culebra desbocada que arrasa en su turbulencia las casas de ricos y pobres levantadas en sus orillas. Porque este río, símbolo de Santiago, se descuelga desde la cordillera hasta el mar, cortando el flaco mapa de Chile en dos mitades, y en su recorrido nervioso, atraviesa todas las clases sociales que conforman la urbe. Desde las alturas de El Arrayán, donde los hippies con plata instalaron su tribu ecológica y mariguanera, sus casitas de playa, con piscina y amplia terraza para mirar el río en pose de yoga o meditación trascendental. La comunidad naturalista, donde las señoras hippies con guaguas rubias a poto pelado, hacen quesos de soya y recetas macrobióticas escuchando música New Age. Tan inspiradas por la precordillera de lomas y quebradas, y el rumor del Mapocho que se lleva en la corriente sus olores dulces de sándalo, incienso y pachulí hasta mezclarlos, más abajo, con la caca negra de los pobres.

A lo mejor, este Mapocho que se dice río, es sólo un caudal mugriento que no tiene que ver con la idea de remanso verde y aguas cristalinas, como aparece en las fotos del Welcome Santiago. Es lo contrario de las imágenes turísticas que tienen los ríos en Europa. Por eso contrasta con las mansiones y palacetes modernos del Barrio Alto. Más bien, afea el Barrio Alto con su torrente ordinario. Y aunque los alcaldes de estas comunas fi-fi lo decoren con murallones de piedras y enredaderas y parquécitos con estatuas y macetas de jazmines, el roto Mapocho sigue viéndose moreno, enterrado y muy indio en sus porfiadas desconocidas. Sigue corriendo pendiente abajo, Santiago abajo, sin mirar el lujo firulí que bordea el lodo de esas playas con estacionamiento privado. Sigue desbarrancándose amurrado, dando tumbos en los tajamares coloniales que en el setenta y tres vieron pasar cadáveres sonámbulos y rajados por un yatagán.

Más abajo el Mapocho no se detiene frente al Forestal que pinta de verde su ruta como si la memoria de su paso se llevara en las hojas que caen los besos y las promesas de amor que se juran las parejas mirando el sol poniente. El Mapocho no sabe de amor ni de romanticismo en su carrera loca y sedienta por llegar al mar. Por eso no ve a los enamorados mirándose a los ojos en esa escenografía parisina que le pusieron los milicos en el sector céntrico Esas barandillas cursis y puentes rococó que quisieron travestir al roto Mapocho como un Sena de Santiago, pero con sauces.

Siempre hay algo de vergüenza cuando un turista pregunta por el Mapocho y los santiaguinos lo muestran diciendo que más arriba viene clarito pero la mugre de la ciudad, los desagües y mierdales colectivos de las alcantarillas lo dejan así como una arteria fecal donde los motones son truchas para las gaviotas despistadas que picotean hambrientas Las nubes de gaviotas que emigran corriente arriba, por la contaminación de las playas y, a la altura de la Estación Mapocho, transforman el río en un puerto sin mar Y pareciera que desde allí este río ya no tiene que poner caras de Támesis o Danubio azul para complacer a la ciudad remozada. Al oeste de Santiago, el Mapocho se explaya a sus anchas besando la basta deshilachada de la periferia. Como si se encontrara a sus anchas en ese paisaje de callampas latas y gangochos, y cariñoso

suaviza su andar armonizando su piel turbia con este otro Santiago basural y boca abajo, con este otro Santiago, oculto por el afán moderno de tapar el subdesarrollo con escenografías pintorescas. Como si el desguañangado Mapocho se encontrara por fin entre los suyos, transformando la violencia de su corriente en un arrullo de té con leche para el sueño proleta. Como si bruscamente se pusiera tierno, aplacando su marea resentida en un oleaje dorado por la penumbra de la tarde que, sin retorno, se lo lleva al mar.



Pedro Mardones Lemebel, hijo de Pedro y Violeta, nació en 1952, literalmente en la orilla del Zanjón de La Aguada. Vivió en medio del barro hasta que, a mediados de la década siguiente, su familia se mudó a un conjunto de viviendas sociales en avenida Departamental. En ese medio, en el cual los niños tenían limitado acceso a la educación, ingresó a un liceo industrial donde se enseñaba forja de metal y mueblería y, posteriormente, cursó estudios en la Universidad de Chile, de donde egresó con un título de profesor de Artes Plásticas.

Sus primeros acercamientos sistemáticos a la literatura ocurrieron en un taller literario a comienzos de los ochenta, donde empezó a escribir cuentos. También participó en algunos concursos menores, como el organizado por la Caja de Compensación Javiera Carrera, donde obtuvo un premio por su cuento "Porque el tiempo está cerca", publicado en una antología de 1983. El autor tenía entonces 26 años y trabajaba como profesor de Artes Plásticas en dos liceos, de los cuales fue despedido ese mismo año, presumiblemente por su apariencia, ya que no hacía mucho esfuerzo por disimular su homosexualidad. Después de esa experiencia no volvió a hacer clases y decidió concentrarse en los talleres de escritura. Allí fue forjando redes intelectuales, políticas y afectivas, principalmente con escritoras feministas y de izquierda como Pía Barros, Raquel Olea, Diamela Eltit y Nelly Richard, quienes lo acogieron y vincularon a instituciones que estaban a medio camino entre la cultura marginal de resistencia a la dictadura y la academia oficial.

Sin embargo, su inserción en las filas de la militancia de izquierda fue problemática, ya que su homosexualidad tampoco fue bien recibida en ese círculo. La primera vez que usó sus famosos tacones fue en 1986, en una reunión de los partidos de izquierda en la Estación Mapocho, donde el escritor leyó su manifiesto "Hablo por mi diferencia", ante una audiencia perpleja. Ese mismo año, Pedro participó con siete relatos suyos en la antología *Incontables*, editada por el taller de Pía Barros.

En algún momento indeterminado de aquellos años revueltos, la vida artística de Pedro Mardones Lemebel tomó un giro sorprendente. Pasó del anonimato literario a la performance artística, al formar junto al poeta Francisco Casas el dúo "Las Yeguas del Apocalipsis", que se caracterizó por irrumpir de manera sorpresiva y provocadora en lanzamientos de libros y exposiciones de arte, transformándose a poco andar en un mito de la contracultura. Para esa misma época, Pedro adoptó exclusivamente su apellido materno, dejando atrás el nombre con el que había firmado sus primeros trabajos literarios. De este modo fue dejando atrás al personaje teatral, para consolidarse definitivamente como escritor.

En 1995 Lemebel publicó su primera colección de crónicas, *La esquina es mi corazón* y al año siguiente creó un programa en Radio Tierra, llamado "Cancionero", donde leía crónicas ambientadas con sonidos y música incidental. A partir de entonces comenzó a convertirse en un cronista urbano que husmeaba por los pliegues más oscuros de la vida cotidiana chilena. En los años siguientes publicó *Loco afán* y *De Perlas y cicatrices*, nuevas recopilaciones de crónicas en las que se fue afianzando su singular voz literaria, que mezclaba lo barroco y lo marginal en un tono de provocación y resentimiento.

Hacia fines de la década de los noventa, Lemebel -que ya era un personaje popular- se consolidó como figura literaria en el ambiente local y emprendió su proyección internacional. En el año 2001 incursionó en la novela con *Tengo miedo torero*, volumen que permaneció durante más de un año entre los libros más vendidos en el país, además de ser traducido a diversos idiomas. Posteriormente, continuó desarrollando su labor de cronista publicando títulos de crónicas como *Zanjón de la Aguada* y *Adiós mariquita linda*.

Murió el 23 de enero de 2015, a los 62 de años de edad, aquejado de un cáncer a la laringe. Solo un par de semanas antes, había recibido un homenaje por parte de actores, artistas y escritores nacionales, al que asistió pese a encontrarse hospitalizado.

<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3651.html>